



UNIVERSIDAD DE BELGRANO

Las tesinas de Belgrano

Facultad de Humanidades
Carrera de Licenciatura en Psicología

Psicología Narrativa - Una revisión de sus
aspectos teóricos y sus alcances terapéuticos

Nº 85

Ezequiel Galarce

Tutora: Silvia R. Acosta

Departamento de Investigación
Junio 2003

Índice

INTRODUCCIÓN	5
Objetivos generales	5
Objetivos específicos	5
Metodología	5
EPISTEMOLOGÍA	5
El fundacionalismo	5
Críticas al fundacionalismo	6
La hermenéutica post-fundacionalista y el constructivismo	6
La hermenéutica y la psicología narrativa	7
Algunas críticas a la psicología narrativa (post-fundacionalista)	8
TEORÍA PSICOLÓGICA	9
Las representaciones mentales de las narrativas	9
Definiciones de narrativa	10
Funciones de las narrativas	12
Patología y prototipos narrativos	12
La deconstrucción y la reconstrucción, una teoría del cambio	13
TEORÍAS PSICOTECNOLÓGICAS: EL PROCESO PSICOTERAPÉUTICO	14
La terapia narrativa	14
El cliente	15
Las técnicas narrativas	16
INVESTIGACIÓN	18
Críticas a la investigación científica en psicoterapia	18
La investigación en psicología narrativa	18
El futuro de la investigación en psicología narrativa	19
INTEGRACIÓN	20
La integración metateórica, teórica y técnica	20
La integración en investigación	21
CONCLUSIÓN	22
BIBLIOGRAFÍA	23

Introducción

Debido a que la psicología narrativa es una perspectiva con un desarrollo de tan sólo dos décadas, la información disponible acerca de este tema no se encuentra sistematizada y es, a veces, contradictoria. El fin de este trabajo es posibilitar una clara definición del tema, diferenciando sus distintos niveles de análisis, sus alcances clínicos, y sus posibles desarrollos futuros.

Se discutirá si la narrativa es un proceso de construcción de significados que dan coherencia y continuidad a la experiencia humana, si es una forma en la cual los hechos se organizan en secuencias significativas, o si consiste en un proceso de construcción que gira en torno del contexto terapéutico. Será necesario aclarar cómo se entiende a la naturaleza de la experiencia, al proceso de construcción de significados, al rol de la narrativa en la organización de la experiencia, al tipo de representación implicada en la capacidad narrativa y a la evolución de dicha capacidad en el ser humano. Se intentará mostrar las convergencias y divergencias entre las concepciones de distintos autores sobre estos puntos.

De ello se desprenderán las consecuencias clínicas de tales enunciados, las cuales se manifestarán en la evaluación, medición y en la creación de técnicas terapéuticas.

Deberemos abordar los postulados filosóficos y epistemológicos implícitos en estas perspectivas teóricas. Postulados que se sostienen en una postura hermenéutica y postfundacionalista, que critica la búsqueda de la verdad que realiza tanto el empirismo lógico como el realismo ingenuo. En contraposición a éstas últimas corrientes de pensamiento, atacan la verdad previa a la experiencia y defienden la construcción alternativa de significados, entendiendo la narrativa como una metáfora raíz de la experiencia.

Por último, se intentará discutir el status científico de esta propuesta como una nueva perspectiva que ofrece un punto de vista alternativo para el desarrollo de la investigación en psicología.

Objetivos generales

El fin de este trabajo es posibilitar una clara definición del tema, diferenciando sus distintos niveles de análisis, sus alcances clínicos, los antecedentes de investigación en el tema y sus posibles desarrollos futuros.

Objetivos específicos

- Definir el término narrativa.
- Considerar los aspectos filosóficos, epistemológicos y metodológicos de esta perspectiva.
- Identificar las distintas relaciones, contradicciones y convergencias en los trabajos existentes sobre el tema.
- Describir los antecedentes en investigación de psicología narrativa.
- Analizar los avances en psicología narrativa desde las perspectivas evolutiva y clínica.
- Explicar los usos clínicos y sus alcances en: evaluación, medición y técnicas terapéuticas.
- Considerar las posibles relaciones de la psicología narrativa con otras corrientes teóricas y con otras disciplinas.

Metodología

Los contenidos de esta revisión serán organizados según el *Modelo de Análisis Epistemológico de la Psicoterapia* (García, 1998).

Epistemología

Antes de comenzar a describir el marco epistemológico de la psicología narrativa, el post-fundacionalismo, y en el espíritu constructivista que sostiene que todo concepto se define por contraste, es necesario tratar la postura de la cual se desprende, el fundacionalismo. Cabe aclarar que no hay un acuerdo en si el término post-fundacionalismo posee el prefijo *post* refiriéndose exclusivamente a su relación temporal con el fundacionalismo, o es más bien (mal) usado con la intención de nombrar una postura *anti-fundacionalista*.

El fundacionalismo

En la teoría del conocimiento, llamada también epistemología, el fundacionalismo es la teoría que sostiene que existen ciertos tipos de conocimiento que nos son dados de forma inmediata, y que también existen otros que son derivados de los primeros. En otras palabras, el fundacionalismo predica que el conocimiento se construye a partir de ciertos otros conocimientos que son infalibles; ellos constituyen la *fundación* de cualquier cuerpo de conocimiento.

Existe un acuerdo en que el fundacionalismo se divide en tres categorías: a) el racionalismo; b) el platonismo, y c) el positivismo. Otros agregan una cuarta categoría, a saber, el cientificismo, aunque considero que debería ser considerada una sub-categoría con ciertos componentes racionalistas y otros positivistas.

Los racionalistas, inspirados originalmente por Aristóteles y luego por Descartes, basan sus sistemas en lo que ellos consideran principios evidentes. Algo se considera evidente si uno determina su verdad o falsedad simplemente a través del entendimiento. Los principios evidentes son tenidos como certezas que no requieren, ni pueden, ser sometidos a una comprobación racional.

El fundamento del idealismo Platónico, en cambio, consistía en que el hombre vive en un estado constante de búsqueda, con el fin de ser feliz. El hombre busca inevitablemente su propio bien. En el hallazgo de este bien se encuentra la felicidad del hombre.

Los positivistas, oponentes clásicos de los racionalistas, también consideran ciertos tipos de conocimiento como verdades evidentes, pero el mayor fundamento que poseen es la experiencia. Las proposiciones obtenidas de la experiencia no son evidentes en el sentido del entendimiento o la comprensión; son consideradas intuitivamente verdaderas como consecuencia de la observación empírica.

El cientificismo, como su nombre lo indica, considera a la ciencia, proveniente de la empiria y de la razón, como base de todo tipo de conocimiento.

De aquí se puede observar que los fundamentos del conocimiento, sean de la teoría que sean, poseen dos propiedades básicas: a) son incorregibles (e infalibles): una vez aprehendidos es imposible que otra persona muestre su falsedad; b) son evidentes: una vez comprendidos (intuitivamente) no necesitan explicación, son necesariamente verdaderos (ej.: el principio de no-contradicción).

Críticas al fundacionalismo

Algunos autores postmodernos consideran que el hecho de que ningún tipo de conocimiento es infalible o incorregible, porque todo tipo de conocimiento puede estar errado y probarse su falsedad, es una prueba decisiva en contra del fundacionalismo. Lógicamente, se puede decir que si una persona posee una proposición "evidente" y, por lo tanto, infaliblemente verdadera, deberá tener en su haber otra proposición que afirme la infalibilidad de la primera. También, a su vez, deberá conocer una tercera proposición que afirme la infalibilidad de la segunda. Esto puede continuar de forma infinita y así, la *fundación* se pierde en una cadena interminable de proposiciones que se respaldan mutuamente.

Una prueba que ataca directamente en contra el positivismo es que, no hay ningún modo de comprobar la infalibilidad de nuestra experiencia. Captamos experiencialmente, a través de nuestros sentidos, y no hay forma de separarnos de esto.

De estas críticas se podrían desprender directamente tres consecuencias: a) el conocimiento es imposible; b) no hay certezas absolutas y, c) el conocimiento no se puede construir a partir de la nada. Las dos primeras consecuencias, aunque parezcan lógicamente correctas, son auto-referencialmente incoherentes. La tercera, en cambio, da lugar a una teoría alternativa.

La hermenéutica post-fundacionalista y el constructivismo

Si no existe la certeza en el conocimiento, y no se puede construir un sistema fijo y permanente, el nuevo conocimiento será aquel que creemos que conocemos hasta que algo o alguien nos haga cambiar de opinión. Esto se podría describir como un "ciclo hermenéutico". El término "hermenéutica" proviene del griego *hermêneuo*, que significa interpretar o traducir, y hace alusión al mensajero de los dioses griegos, Hermes. La hermenéutica es el arte de la interpretación; esto involucra, como en cualquier arte, la teoría y su práctica. Originalmente, consistía en la interpretación de textos bíblicos, luego se extendió a los textos legales y, actualmente, es una postura epistemológica que influye a todos los sistemas de conocimiento.

El "ciclo hermenéutico" es el proceso por el cual volvemos a los textos, o mejor dicho, al mundo y de este encuentro se deriva una nueva interpretación. Puede haber una nueva interpretación en cada encuentro o una interpretación distinta en cada persona. Si el límite del ciclo interpretativo fuera un texto, o la experiencia empírica, o la razón, habría una posibilidad de que el ciclo tuviera ciertos parámetros y que no sea una espiral "fuera de control". Pero los límites del espiral nunca pueden ser el principio de realidad ni la objetividad. Siendo así, parecería que las explicaciones pudieran ser infinitas, pero como en la física cuántica, existen ciertos rangos, mayores o menores, de incertidumbre; nunca un número infinito de posibilidades. De hecho, la posibilidad teórica de que un número infinito de teorías científicas pueda explicar los mismos "hechos", va en contra de la cruda realidad de que no es tarea fácil para los teóricos proponer una nueva teoría que explique de forma novedosa, y sería, un hecho abordado previamente. Entonces, ¿cuál es el límite de este ciclo? La respuesta es tan sencilla que comunmente se pasa por alto, ésta es, el consenso, el lenguaje, en definitiva, el diálogo. En este sentido, Bernstein (1983), bajo la influencia de la tradición

hermenéutica de Gadamer, Habermas, Rorty y Arendt, sostiene que el diálogo y la comunidad es un punto de acuerdo entre las distintas posturas post-fundacionalistas (Stancombe y White, 1999).

En el siglo veinte, el interés por la hermenéutica tomó gran fuerza cuando Thomas Kuhn publicó, en 1962, *La estructura de la revoluciones científicas*. Cuando el positivismo lógico empezaba a mostrar grandes grietas, Kuhn ofreció una perspectiva diferente: *El conocimiento científico no cambia a través de la confrontación con los hechos, sino por una lucha social entre distintas interpretaciones que intrínsecamente contienen evidencia ambigua*. El positivismo lógico sucumbió y esta nueva visión tomó todavía más fuerza en autores como Feyerabend, Habermas y Foucault. Mientras *La estructura de las revoluciones científicas* mencionaba la búsqueda de la verdad como uno de los objetivos de la ciencia, muchos de los nuevos pensadores negaban la posibilidad de la existencia de cualquier tipo de verdad objetiva. Todo era interpretación. La realidad era sólo accesible en términos de comprensión interpretativa. El conocimiento se construía, no por una confrontación con la realidad objetiva, sino por oponer distintas interpretaciones. La consistencia de las teorías pasó a ser el criterio de validez por excelencia. La validez de un conocimiento se daba por ajuste y viabilidad, por la precisión de las predicciones de un marco interpretativo determinado. La correspondencia ente representación y realidad cayó en desuso, poniendo fin a cualquier proposición *fundacional* del conocimiento.

En esta misma línea, el constructivismo considera al conocimiento como la invención de nuevos marcos interpretativos, como un proceso evolutivo de adaptación donde se construyen interpretaciones más abarcadoras. Los criterios de validez son los mismos que los recién mencionados: se dan mediante la consistencia interna de los sistemas de conocimiento. La evolución del conocimiento se desarrolla mediante la captación de diferencias, en sistemas auto-organizados y con diferentes jerarquías. Esta evolución toma lugar en organismos pro-activos (a diferencia de reactivos), que poseen una orientación hacia ciertos fines.

Esta epistemología constructivista (hermenéutica) puede ser considerada, en un sentido, y a pesar de los mismos constructivistas, *fundacional*. Esto se debe a que, el principio de una evolución constructiva es en sí misma una proposición evidente, infalible e incorregible. Aunque, esta *fundación* está ubicada en un nivel superior a otras fundaciones; porque es una estructura vacía que permite un interjuego entre sus contenidos y, posteriormente permite una transformación entre sus estructuras, teniendo como resultado nuevas estructuras diferentes a sus progenitoras. Igualmente, y tomando en cuenta esta última consideración, también se podría decir que la fundación del constructivismo es un estructuralismo omnipresente en todo tipo de conocimiento.

Resumiendo, podríamos citar la definición que hacen Stancombe y White (1999) acerca del postfundacionalismo, y por extensión, de la hermenéutica y el constructivismo: *Los enfoques postfundacionalistas incorporan un escepticismo hacia el realismo ingenuo, y la creencia que la evolución del pensamiento puede que sea demasiado imprevisible como para permitir un progreso en el sentido dialéctico de Hegel. Las afirmaciones del conocimiento se vuelven, por lo tanto, contingentes, y las argumentaciones plurilaterales, sin una versión definitiva y sin una única manera de entender la realidad. Rorty afirma (de acuerdo con Wittgenstein) que los criterios para decidir el estado ontológico de los objetos son determinados previamente mediante un "juego lingüístico". Los conceptos de "realidad" están determinados lingüísticamente y el cambio se da por redefinición (pág. 63).*

La hermenéutica y la psicología narrativa

En un intento de revertir el atomismo y la digitalización a los que estaba tendiendo el cognitivismo de corte más racionalista, el constructivismo fue creciendo dentro de la psicología cognitiva hasta convertirse en una corriente independiente del pensamiento psicológico. Esta nueva teoría enfatizaba su atención sobre la construcción de significados en un contexto lingüístico realizada por organismos pro-activos. El modo por el cual los seres humanos construyen sus significados fue explicado de distintas formas, usando diferentes metáforas.

La psicología narrativa, es una psicología constructivista (por lo tanto hermenéutica) que también incluye ciertos conceptos de la teoría de la cual se desprende, el cognitivismo. El paradigma narrativo establece, citando a Lakoff (1987), que: *a) los humanos son considerados como narradores* (no subrayado en el original; se subraya aquí para enfatizar el carácter metafórico de este enunciado); *b) los pensamientos son esencialmente metafóricos e imaginativos*; *c) la manipulación de pensamientos es una búsqueda intencional de significado*, y *d) la realidad se considera como un conjunto de problemas débilmente estructurados a los cuales se puede acceder a través de operaciones hermenéuticas y narrativa* (citado originalmente por Gonçalves, 1995; pág. 102).

El uso del término narrativa hace referencia, en contraste con el análisis semántico del lenguaje, a la matriz de significados (matriz narrativa) que se construyen en la interrelación de las palabras en una gestalt que presupone la preponderancia de la totalidad por sobre la suma de sus partes. De esta forma, la psico-

logía narrativa utiliza principalmente cuatro metáforas para explicar al fenómeno humano: a) la existencia como conocimiento; b) el conocimiento humano como hermenéutica constante; c) la hermenéutica como matriz (o discurso) narrativo, y d) el discurso narrativo como cultura (Gonçalves, 1994a, 1994b, 1995a, 1995b).

El uso terapéutico de este modelo tiene como objetivo flexibilizar los procesos tácitos de construcción de significados, aumentando la apertura a nuevas metáforas alternativas que sean más adaptativas, procesualmente más complejas y estructuralmente más coherentes (Guidano, 1991; Joyce-Moniz, 1989; Gonçalves, 1995).

Stancombe y White (1999), siguiendo las ideas de Lyotard (1984) y Bernstein (1983), sostienen que *una de las consecuencias positivas de la tendencia lingüística en la psicoterapia ha sido el reconocimiento de que la verdad y la normalidad no son estáticas, sino que están sujetas a cambios y redefiniciones. Por esta razón, es perfectamente posible una postura normativa local que sea liberadora* (pág. 72). En esta definición se logra reducir la dicotomía entre la norma y el constructivismo, a través de un consenso *local*. Pero, no sólo se puede argüir que este término es poco claro, sino que a raíz de la constante globalización que se está produciendo comunicacional y socio-económicamente, el significado de lo *local* de una población se está convirtiendo, y usando términos informáticos, en algo virtual. Se puede considerar valioso el uso del término *local* en el sentido del diálogo que se da entre terapeuta y paciente. Pudiendo sobrepasar los apriorismos teóricos del terapeuta y construir una *norma* que se adecue al paciente (y no al terapeuta).

El hecho de que la epistemología fundacionalista considere la realidad en términos de verdadero-falso hace imposible su aplicación masiva a las ciencias humanas. Las preocupaciones humanas básicas no toleran repuestas si-no, o verdadero-falso, éstas son repuestas a preguntas existenciales acerca del significado de sus creencias, su vida, sus relaciones, etc. La psicología narrativa, dentro del marco post-fundacionalista supera la polaridad verdadero-falso, aceptando e invitando a *co-construir* dialógicamente las repuestas a estas preguntas. Según Vandenberg (1991), *las teorías enraizadas en la epistemología (lógica) no consideran (las) preocupaciones existenciales fundamentales, por lo tanto constriñen el conocimiento de nosotros mismos* (pág. 1278). Para que la psicología pueda hacer un análisis hermenéutico de las vidas y los relatos de los pacientes, el criterio de verdad debe ser reemplazado por el de significado.

Algunas críticas a la psicología narrativa (post-fundacionalista)

La primer objeción que se le hace a este enfoque es que: lo que los terapeutas quieren cambiar, y adónde lo quieren cambiar, es por naturaleza, normativo (Stancombe y White, 1999). Es muy difícil, sino imposible, que el terapeuta deje atrás todas sus conceptualizaciones teóricas y sus certezas racionalistas para abrirse al diálogo de forma "simétrica" con el paciente. Frosh (1995) concuerda con esta idea y afirma que las interpretaciones *narrativas* que los terapeutas hacen de sus pacientes *no deriva directamente de las historias, sino que se basa en el juicio que se hace de ellas* (pág. 186) y que un proceso que *quiere restaurar la jerarquía de la verdad y del insight sigue estando bajo la influencia del racionalismo* (pág. 186).

Por otro lado, deberíamos tener en cuenta que la validez en una psicoterapia con bases ontológicas realistas se podía verificar: existían estructuras universales que permitían hacer generalizaciones y predicciones acerca de los pacientes. Pero, cuando la realidad objetiva se empezó a cuestionar al debilitamiento de sus bases éticas fue irremediable (Stancombe, White, 1999). Según Scholes (1989) en cualquier ciencia *sin un acceso seguro a la realidad objetiva, o al pasado verdadero, los criterios de evaluación pierden su validez... El problema del juicio es un problema recurrente y desconcertante de la ciencia social postfundacionalista en general: porque (potencialmente) al no existir la verdad, tampoco existe el error, y todas las opiniones son iguales* (pág. 56). Sin embargo, el hecho de que existan objeciones que critican el nivel ético y epistemológico de una ciencia, no implica que éstas se puedan extender hasta el nivel pragmático. Por ejemplo, los "errores" que puedan tener los postulados antropológicos en los que se basa el conductismo, no significan que sus técnicas clínicas no sean eficaces.

Dos críticas que se hacen, específicamente, al aporte al conocimiento científico, que proviene del uso hermenéutico de narrativas en psicoterapia son: Por un lado, que el relato de la vida de un paciente no puede aportar datos generalizables, por no ser éstos obtenidos con métodos estandarizados, objetivos y reproducibles, y, por que las interpretaciones no pueden ser evaluadas debido a que éstas varían en función a las premisas teóricas de cada intérprete. La segunda crítica que se hace es que, más allá de los métodos empleados, el relato de un paciente puede aportar información útil acerca de la vida de ese paciente pero nunca leyes científicas porque, y citando a Davidson (1995), *... los supuestos operativos sostienen que las leyes que gobiernan la conducta humana no se perciben cuando actúan de forma inteligible a través de un sujeto individual, sino que sólo se pueden descubrir a través de medios indirectos que controlen las diferencias individuales* (pág. 15). En relación a esta última afirmación, se podría decir que, mientras las aproximaciones objetivo-descriptivas pueden explicar la forma de una patología determinada, no pueden, sin embar-

go, explicar su contenido. Es en este punto donde los métodos idiográficos podrían complementar la información proveniente de los enfoques más nomotéticos.

Por último, consideramos útil mencionar una crítica categórica que hace Ramsay (1998), en la línea del pensamiento de Kvale (1992), acerca de la psicología postfundacionalista (o postmoderna): la llamada psicología postmoderna es una contradicción de términos porque la psicoterapia es un producto, y está enraizada, en la teoría moderna, que presupone la primacía del objetivismo y la racionalidad.

Teoría psicológica

Las representaciones mentales de las narrativas

Con el fin de describir el tipo de representaciones mentales involucradas en las narrativas, nos vamos a servir de ciertos conceptos de la Teoría de la Mente (Bruner, 1986; Rivière, 1991). Cabe aclarar que tomaremos estas ideas solamente con fines expositivos, ya que, si bien existen muchos puntos de contacto con la psicología narrativa, las concepciones acerca de como funciona el psiquismo humano no son totalmente analogables. Esto se debe, a que la psicología narrativa se centra más en un nivel post-formal de representación, o como veremos después, en el nivel de las metarrepresentaciones, que en el procesamiento computacional de representaciones mentales. La Teoría de la Mente, por su lado, considera ambos niveles pero centra su atención, preferentemente, sobre el segundo. Así, la Teoría de la Mente podría ser considerada como una base de apoyo para la psicología narrativa.

La mente, desde esta teoría, es entendida como un sistema representacional, un sistema que evoca o refiere a otra cosa: *En la representación hay siempre algo representado; a esta propiedad de "ser acerca de algo o sobre algo" se la ha denominado propiedad intencional y se la considera un rasgo esencial de la mente* (Duarte y Español, 1998, pág. 95). Se debe comprender que el uso del término representación se hace con el fin de describir tanto fenómenos que se originan en la percepción (bottom-up), como los procesos que tienen su origen en el razonamiento (top-down).

Perner (1991) ha desarrollado una concepción evolutiva de las representaciones. Describe tres momentos en el desarrollo del niño en el que se desarrollan tres niveles de representación; cada uno con un nivel mayor de complejidad que el anterior: a) representaciones primarias: se modifican con el cambio de los hechos; representan únicamente lo observable; b) representaciones secundarias: en este nivel se pueden representar dos modelos de una misma situación; también se pueden hacer inferencias sobre cada uno de los modelos; en este nivel ya existe una teoría mentalista en la que sabe que las conductas están dirigidas por motivaciones internas (deseos y conocimientos); este nivel aparece aproximadamente a los dos años de edad; c) representaciones terciarias o metarrepresentaciones: aquí aparece la posibilidad de establecer relaciones entre los distintos modelos situacionales; se comienza a diferenciar las actitudes proposicionales de los contenidos proposicionales, en otras palabras, se comienza a distinguir los estados mentales de la verdad o falsedad de los hechos. Este último nivel de representación es el que está involucrado en las narrativas.

Las metarrepresentaciones permiten distinguir entre los hechos y los deseos, entre la verdad y la verosimilitud, en definitiva, permiten la posibilidad de construir significados alternativos frente a un hecho en particular. Duarte y Español (1998) consideran que en este tipo de representaciones se dan ciertas propiedades que constituyen a su vez ciertas características de las narrativas: a) *no compromiso de verdad: que el enunciado completo sea verdadero no implica que la cláusula incrustada tenga que serlo también*; b) *no compromiso de existencia: el enunciado no se compromete con la existencia del contenido del verbo mental*; c) *opacidad referencial: no pueden sustituirse los términos de la cláusula por otras expresiones que tengan idéntico referente* (pág. 99). Operamos con metarrepresentaciones cuando usamos metáforas, cuando predecimos los hechos y las conductas de los otros, cuando tenemos creencias sobre las creencias de los otros, cuando nos relacionamos con otros cooperando o induciéndolos al error, en síntesis, cuando interactuamos dialógicamente (intra y extrapersonalmente).

Parece indicado mencionar que existe una polémica acerca de la naturaleza de las representaciones. Se discute si éstas son del tipo representacional (Plyshyn, 1981), o se constituyen en imágenes analógicas (Kosslyn, 1980). La modalidad narrativa se acerca más a lo proposicional por el hecho de que sólo con este tipo de representación se pueden hacer inferencias y, consecuentemente, interpretaciones. Las imágenes podrían ser consideradas como un epifenómeno de las interpretaciones. Pero, se debe tener en cuenta que, tal vez, existe otro tipo de representación que no es ni proposicional ni analógico: *Varios fenómenos anémicos como el conocimiento de la invarianza del significado entre paráfrasis, el recuerdo del significado y no del material lineal, la integración semántica y la pérdida de información modal en la memoria, parecen indicar que el sistema cognitivo almacena conocimiento en un formato más abstracto que el de las repre-*

sentaciones del lenguaje natural o las representaciones analógicas de la imagen mental (Duarte y Español, 1998, pág. 96). Es en este punto donde se podrían considerar a las narrativas como un modo de procesamiento post-formal en el que el conocimiento no se encuentra en las representaciones en sí mismas sino en la matriz de significados que resulta de las diversas interacciones que se dan entre éstas.

Por otro lado, cabría considerar el hecho de que las proposiciones y las narrativas se construyen sobre otro tipo de conocimiento, el conocimiento tácito. Este tipo de conocimiento es inarticulado y preconceptual; carece de significado, e implica, más bien, una potencialidad (Richert, 1999). En este mismo sentido, Guidano (1987, 1991) afirma que este tipo de conocimiento tiene su origen en momentos tempranos del desarrollo de separación-apego y que sólo permite la posibilidad de una representación analógico-narrativa. Tomando las ideas de van den Broek y Thurlow (1991), Guidano (1987, 1991) arguye que las narrativas son las primeras herramientas que tiene el niño para describir los hechos y predecir el futuro.

Villegas Besora (1995) resume este punto, de manera muy clara, diciendo que *las formas evolutivamente más elementales de construcción se reducen a impresiones sensoriales con sus correlatos emocionales, y constituyen puntos discontinuos que pueden relacionarse, o no, entre sí de modo aleatorio o asociativo. Tales impresiones se hallan limitadas hic et nunc y carecen de proyección temporal. Son antepredicativas por naturaleza y están desprovistas de formulación proposicional. Sus modalidades expresivas son prelingüísticas o protolingüísticas (reacciones neurovegetativas, gestos, mimos) y constituyen el fondo emotivo con el que vivenciamos cualquier situación... constituyen el primer referente informativo para el organismo y determina las discriminaciones significativas - constructos preverbales, según Kelly (1955)- con las que construimos la experiencia. La experiencia emocional es la base sobre la que el niño y el adulto establecen sus preferencias y afectos, los cuales contribuirán decididamente a otras funciones psíquicas como la atención, la motivación y la memoria. Nótese, por ejemplo, como la emoción distorsiona la memoria de los eventos, actuando selectivamente sobre el recuerdo* (pág. 6).

Antes de terminar este apartado y empezar a describir distintas definiciones de la narrativa, debemos destacar el hecho de que algunos autores piensan que la narrativa es virtualmente un sinónimo de actividad mental. Pero como sostiene el constructivismo, y Kelly (1955) un término significativo debe tener un contraste, y la narrativa no puede ser una excepción. En el mismo sentido, Howard (1991) sostiene que si se considera a la narrativa como un constructo para clasificar a la experiencia, es poco útil si su polo de contraste no tiene referentes (Vogel, 1995). Bruner (1986) piensa que existen dos modos de ordenar la experiencia: uno es la narrativa, la otra es la actividad lógico-científica. Neimeyer (1994) ejemplifica el hecho de que todo no es narrativa, refiriéndose a los procesos que transcurren en la psicoterapia: coleccionar información, enseñar habilidades comunicacionales, dar consejos, solucionar problemas; son todas actividades no-narrativas aunque, en un sentido abstracto, pueden ser parte de un guión o un relato acerca de lo que constituye la psicoterapia. Menciona, también, otros procesos no-narrativos como el procesamiento matemático, el procesamiento lógico y ciertos estados emocionales que no son necesariamente historias (aunque pueden ser disparadas por éstas). Bakhtin (1929/1973) busca cierta integración entre las modalidades narrativa dialógica y la lógica sosteniendo que *las relaciones dialógicas son totalmente imposibles sin relaciones concretas lógico-semánticas, pero no son reducibles a ellas; tienen sus especificidad propia* (pág. 152). Gonçalves (en prensa), sin entrar en la discusión si la modalidad narrativa es la única actividad mental o no, dice que el lenguaje no puede ser considerado de forma atomista (lógico-semánticamente), sino que las palabras se deben considerar en su interrelación en la que forman una matriz narrativa, y es en ésta donde se da el carácter significador del lenguaje.

Definiciones de narrativa

Algunos autores como, Labov (1972), consideran que las narrativas poseen una estructura universal que está compuesta por los cinco elementos designados por Burke (1945) como el *Pentad*. Estos elementos son: escenario, agente, acción, instrumento y meta. Sin importar tanto la discusión acerca del carácter omnipresente de esta estructura, es aceptado por todos los autores que la narración facilita la construcción de la experiencia incluyendo pensamientos, emociones, acciones, intenciones y motivaciones (Villegas Besora, 1995). Russell y Lucariello (1992) sostienen que *la mayoría de las definiciones de narrativa requieren un protagonista inspirado por cierta intencionalidad que lleva a cabo una acción, ya sea física o mental, real o imaginaria, dentro de la historia del self* (pág. 671).

La relación de las narrativas con la "verdad" es bien descrita por Duarte y Español (1998) que sostienen que la realidad o lo imaginario de una narrativa no determina su poder como relato. Hacen la diferencia entre verdad y verosimilitud diciendo que se necesita la segunda para que una narrativa sea *creíble*.

Neimeyer (1994) considera que las narrativas deberían verse como búsquedas intencionales cuyo objetivo es la construcción de significados (Gonçalves, 1994), y que deberían establecer puntos finales explícitos o implícitos y eventos relevantes a esas conclusiones (Gergen y Gergen, 1986). En este último sentido,

una narración no es solamente el relato que hace un paciente desde el lenguaje de la experiencia, de los sentimientos, de las acciones, de las relaciones, sino que también incluye los significados asociados a ese relato (Stancombe y White, 1999). Cuando Gergen y Gergen (1986) hacen referencia a los puntos finales de las narraciones, también hablan de conclusiones *proyectadas*, destacando la actividad anticipatoria de las narrativas sobre la dimensión histórica reconstructiva, acerca de cuya existencia todos los autores están de acuerdo.

El carácter reconstructivo es un elemento esencial de las narrativas. Sobre este punto Villegas Besora (1995) arguye que los eventos no son más que *un acontecimiento narrado con referencias explícitas a la acción y al contexto temporal en que se produce, estructurada como una historia en la memoria episódica, la cual retiene de este evento una estructura esquemática no siempre fiel a los hechos, sin más bien coherente con los intereses del sujeto y la estructura prefijada por los guiones (Mandler, 1984) sobre los que se apoya la actividad narrativa de la conciencia* (pág. 6). La mención que hace a los guiones alude al carácter social de la construcción de la experiencia y del conocimiento; hecho tenido en cuenta por todos los autores narrativos. Refiriéndose al carácter contextual de la construcción narrativa, Efran (1994) y Neimeyer (1995) concuerdan en que las narrativas *implican un emparejamiento interactivo... entre el narrador y el mundo* (citado por Vogel, 1995, pág. 23). Así mismo, Neimeyer (1995) cuando se refiere a la construcción de significados, sostiene que la unidad básica de significado es un contraste, una distinción, y que esas distinciones existen en el sistema lingüístico de una comunidad, aunque, obviamente, algunas sean únicas para un individuo (pero igualmente se expresan mediante el lenguaje). Porque el lenguaje es un fenómeno cultural compartido y los contrastes lingüísticos son los elementos básicos del significado, la formación del significado es, necesariamente, un proceso social complejo que envuelve las distinciones comunes usadas en el lenguaje de la comunidad pero, hasta cierto punto también influencia al lenguaje y, por lo tanto, al significado y la realidad de esa comunidad. Es más, desde la perspectiva narrativa, la naturaleza social del significado, es aparente en la vida de un individuo no sólo en el nivel de unidades discretas de significado, sino también en términos de construcciones sociales más amplias, como los mitos y otras historias dominantes, que pueden ser tanto liberadoras como constreñantes (White, 1993; White y Epston, 1990; Richert, 1999).

Ricoeur (1984) define la narrativa como una *innovación discursiva* en donde los eventos se estructuran semánticamente en una unidad coherente y en la que sus partes se relacionan entre sí. De la misma forma, Vogel (1995) piensa que la narrativa es un todo que es más que la suma de sus partes. Este autor también sugiere considerar a la narrativa como una forma de representación (tal como los símbolos y las metáforas) en la que la atención se puede concentrar más en un aspecto que sobre otro, creando primeros y segundos planos, y, también omisiones. Así, para ciertos autores la narrativa se compone en seis partes (resumen contextual, propósito, acción compleja, evaluación, resolución y coda) y, a su vez, la dividen en dos tipos de proposiciones: a) las proposiciones relevantes, que se refieren a acciones cinéticas realizadas por algún sujeto con un propósito y que, por lo tanto, respeta una secuencia temporal, y b) proposiciones secundarias: que hacen descripciones contextuales de la escena, de los motivos, y por lo tanto, no requieren ningún tipo de secuenciación (Hopper y Thompson, 1980; Gerhardt y Stinson, 1995).

Todas las definiciones recién descritas centran su atención en la dimensión temporal de las narrativas pero, Hermans (1995, 1996) sugiere que el self no está organizado alrededor de un núcleo y, que la narrativa de un sujeto debe entenderse como un diálogo entre los yoes de la persona que se relacionan entre sí. Por eso, piensa que el yo tiene la posibilidad de moverse en el espacio, de una posición a otra, de acuerdo con los cambios de las situaciones y del tiempo. Fluctúa entre posiciones diferentes y hasta opuestas; y tiene la posibilidad de atribuirle a cada posición una voz, de forma tal que las relaciones dialógicas puedan establecerse. De esta manera, las voces funcionan como personajes que interactúan en una historia, envueltos en un proceso de preguntas y respuestas, acuerdos y desacuerdos. Propone, a diferencia de los otros autores narrativos, considerar no solo el aspecto temporal de una narración, sin el cual no hay historia, sino también la dimensión espacial. También, invita a pensar la naturaleza espacial en términos de posición, por considerarlo un término más dinámico y flexible que el tradicional *rol* (Harre y Van Langenhove, 1991).

En todo lo dicho anteriormente acerca de las narrativas, se le dio importancia a lo verbal del relato, a las palabras y sus relaciones; lo emocional y actitudinal fue tenido en cuenta en la medida que se expresaba en una narrativa. Así, Gerhardt y Stinson (1995) consideran que para la mayoría de los autores narrativos, *ni la expresión de la emoción, ni la expresión de la actitud del orador figuran como tropos independientes con derecho propio, sino que son tratados o, como evaluativos de los hechos de la historia personal, o como material secundario* (pág. 44). A esta afirmación, responden tomando las ideas de Polanyi (1989), que sostiene que las proposiciones analógicas, no-verbales, o como el mismo autor las llama: *durativo-descriptivas*, pueden comunicar información acerca de los hechos, tan significativa como las proposiciones por las cuales se codifica las secuencias de los hechos y las acciones. Polanyi (1989) propone analizar el discurso poniendo énfasis en las reacciones emocionales del orador por sobre la información sobre los hechos.

Funciones de las narrativas

En las definiciones que se hicieron de las narrativas, se puede desprender el valor funcional que pueden tener las mismas para un sujeto. Se puede ver como las narrativas proveen la estructura para organizar pensamientos, motivaciones, memorias y experiencias de la vida, de manera que la ambigüedad natural de la vida se reduzca, y la coherencia y consistencia interna aumenten (Baumeister y Newman, 1994; Ramsay, 1998; Sarbin, 1986). En el mismo sentido, Villegas Besora (1995) arguye que *la narración se convierte... en la forma de representar y reproducir dramáticamente los eventos. Solamente las formas narrativas pueden contener las tensiones, sorpresas e incoherencias de la experiencia real* (pág. 7). Pero, a pesar de que la narrativa permite que la experiencia sea más manejable, la oportunidad para la ambigüedad es mantenida porque la narrativa permite, simultáneamente, la reinterpretación y el resurgimiento de la experiencia desde distintas perspectivas (Robinson y Hawpe, 1986; Ramsay, 1998).

Es importante entender que todos los autores narrativos están de acuerdo en que las narrativas permiten a los individuos satisfacer sus "necesidades de sentido" y dar a la experiencia su continuidad. Vogel (1995) toma prestada de Neimeyer (1994) la idea de que un persona *puede utilizar las narrativas para organizar y reorganizar su sentido de self, es decir, para establecer una continuidad del significado de la experiencia vivida por el cliente* (pág. 24). Otras funciones que se le pueden atribuir a las narrativas son la de establecer un propósito a las acciones, justificar las mismas asignándoles un valor, permitir el desarrollo de un sentido de eficacia y poder, así, mantener la auto-estima y el valor propio (*self-worth*). Baumeister y Newman (1994) piensan que las narrativas permiten la integración de eventos negativos de manera que la auto-estima sea mantenida.

En estas ideas se puede apreciar la estrecha relación que existe entre las narrativas y la identidad. La identidad no sólo conduce la narrativa, sino que también es representada por la narrativa. Desde esta perspectiva, la identidad puede ser pensada como el evento elemental desde donde los significados y las creencias son construidas. Para Husserl (1960), la actividad narrativa de la conciencia constituye la identidad en una *Geschichte*, palabra que significa simultáneamente relato e historia (*history/story*). Ramsay (1998) sugiere que pasamos a vivir la historia en el momento en que la escribimos. En la misma línea de pensamiento, Fitzgerald (1998) propone que la experiencia personal es editada en formas narrativas para presentar la auto-imagen que uno desea proyectar.

La funcionalidad de las narrativas no es únicamente intrapsíquica. Éstas poseen, también, un importante valor inter-personal. Podríamos citar, nuevamente, a Villegas Besora (1995), que considera que las narrativas no tienen una función meramente memorialística, sino que también cumplen *otras importantes funciones retóricas y pragmáticas. Con nuestros relatos no solamente queremos retener y reelaborar nuestra experiencia, o autojustificarnos, sino también convencer, persuadir o impresionar a los demás a fin de obtener comprensión, aceptación, valoración, ayuda o recompensas* (pág. 7). De la misma forma, en el contexto interpersonal de la relación terapéutica, las historias de los clientes pueden ser contadas para instruir, entretener, impresionar, implorar, probar, reprender, prevenir, invitar, distanciar al terapeuta y, ocasionalmente, muchos de estos intentos pueden estar escondidos detrás de un solo relato (Neimeyer, 1994). Acerca de la función de las narrativas, en este mismo contexto, Luborsky, Propp, Luborsky y Mark (1994), sostienen que las narraciones son un medio de proporcionar al terapeuta ejemplos de los problemas de relación del paciente.

Sobre todo lo dicho en esta sección, se podría sugerir que las narrativas cumplen una función organizadora, tanto en el plano intrapsíquico, como en el contexto interpersonal.

Patología y prototipos narrativos

La psicopatología se considera como sinónimo de una incapacidad para tener una visión multifacética de la experiencia, caracterizada por la existencia de prototipos narrativos específicos. Estos prototipos constituyen invariantes organizativos de la experiencia que la limitan. En lugar de diversidad y flexibilidad, el individuo está sometido a un conjunto de invariantes temáticos que aquí designamos como prototipos... El individuo está ligado a una narrativa prototipo como un sistema invariante de significación y el conjunto de sus narrativas presentes, pasadas o futuras, adquiere su significado desde esta unicidad prototípica (Gonçalves, 1998, pág. 344). Para Villegas Besora (1995) no son los contenidos textuales lo que hacen a un discurso patológico, sino su reiteración y su incapacidad para desarrollar discursos alternativos.

Aunque la narrativa de un paciente es únicamente del él mismo, su elección de una forma narrativa para formular y reformular el relato de sí misma es casi universal (Neimeyer, 1994). Bajo este pensamiento, la psicología narrativa pretende entender al cliente sobre la base de la comprensión de narrativas prototípicas que *expresan a nivel concreto las construcciones formales, que forman el germen de la matriz discursiva* (Villegas Besora, 1995, pág. 9). Si bien las narrativas prototipo están representadas de forma inconsciente, metafórica y analógica, se pueden traducir al lenguaje ordinario usando la técnica adecuada (Bruhn, 1992).

Si asumimos que diferentes tipos de alteraciones se caracterizan por diferentes tipos de organización cognitiva, entonces, puede muy bien ser posible que diferentes clases de organizaciones cognitivas se caractericen por diferentes narrativas prototipo (Gonçalves, Alves, Soares, Duarte, 1996, pág. 108). En otras palabras, distintas patologías promueven, o son causadas por, ciertas fijaciones lingüísticas (Vogel, 1995) que fueron funcionales en un momento pero han dejado de serlo, y dichas fijaciones caracterizan a determinado cuadro psicopatológico.

Las narrativas prototipo son comparables a diversas conceptualizaciones de otras teorías: a los *modelos de trabajo* (Bowly, 1985), a la *estructura generalizada del suceso* (Stern, 1985), a los *esquemas interpersonales* (Safran y Segal, 1991), o a los *guiones* (Leahy, 1991). Una diferencia importante existente entre estos conceptos son las unidades de análisis mediante los cuales se mide o se determina la presencia de alguno de ellos. Gonçalves, Alves, Soares y Duarte (1996) categorizan a las narrativas prototipo usando siete dimensiones propuestas por Mandler (1984): a) *escenario*; b) *suceso iniciador*; c) *respuestas internas*; d) *meta*; e) *acciones*; f) *resultado*, y g) *final*. Por ejemplo, en una investigación realizada por estos autores, llegaron a la conclusión que la narrativa prototipo para la muestra de pacientes adictos a opiáceos *puede establecerse como un episodio que tiene lugar en un escenario público y que es activado por alguna situación incontrolada. Los individuos se guían en esta situación por el objetivo de evitar alguna situación dolorosa y por la búsqueda de placer. Sus acciones son típicamente no confrontativas y están controladas externamente, con un componente de estados internos que oscilan entre la dialéctica dolor/sufrimiento y placer/alivio. El resultado de la narrativa es típicamente el mantenimiento del status quo, con los sujetos terminando con una sensación de pérdida social y pérdida de poder personal* (Gonçalves, Alves, Soares y Duarte, 1986, pág. 109).

La deconstrucción y la re-construcción, una teoría del cambio

Los terapeutas narrativos tienden a usar intervenciones, que Neimeyer (1998) caracteriza como, reflexivas, elaborativas, intensamente personales, bastante persuasivas, analíticas y técnicamente instructivas. Utilizan un estilo exploratorio, enfocado en el desarrollo para dirigirse a sistemas de constructos y narrativas personales (Mahoney, 1998; Neimeyer, 1993, 1995). De esta manera, intentan facilitar el cambio con intervenciones en el nivel de los significados (Ramsay, 1998). Se tiende a trabajar primariamente con los significados conscientes, aunque, como señala Mahoney (1993), esto es una cuestión de grados, ya que existe un aumento en la apreciación de la experiencia tácita. Así, se entiende a la tarea terapéutica como una asistencia para que el cliente pueda deconstruir las historias dominantes, ya sean personales o sociales, que constriñen sus opciones (Richert, 1999).

La eficacia terapéutica de las interpretaciones y reconstrucciones del terapeuta depende del grado de discrepancia, y la vez de coherencia, que éstas presentan respecto a las percepciones habituales que el paciente tiene de sí mismo. Discrepancia en la medida que representan alternativas más viables de construcción; coherencia en la medida que éstas nuevas lecturas, o reconstrucciones, no contradicen en nada la experiencia narrativa del sujeto (Villegas Besora, 1995, pág. 15). En otras palabras, las técnicas deconstructivistas apuntan a alcanzar la saturación, en los límites y las contradicciones del marco del cliente, para ayudarlo a su desarrollo. Es en este sentido que, Guidano (1991) describe al terapeuta como un *perturbador estratégicamente orientado*; orientado a promover cambios en los sectores acordados con el paciente, y absteniéndose de intervenir sobre los que no se acordó.

En general, los terapeutas narrativos usan una gran cantidad de preguntas para asistir a los clientes a elaborar sus historias en terapia, y escuchan sus respuestas con una actitud crédula (Richert, 1999). Se pregunta, no desde una posición de experto, sino a partir de la ignorancia o del desconocimiento; desde un lugar de auténtica curiosidad. Villegas (1993) denominó esta actitud de "no saber" como *heurística negativa*, que no implica la falta de comprensión sino un respeto por los tiempos del paciente, favoreciendo un sentimiento de validación. Sin desafiar las realidades experimentadas por el cliente, tanto el terapeuta como el cliente, pueden articular cambios de manera más metafórica, disminuyendo así sus actuaciones sintomáticas (Neimeyer, 1994).

Los terapeutas y sus clientes abordan, de esta manera, conversaciones exploratorias apuntando a la narrativa de la presentación del problema. Se reconoce el problema actual pero se busca entender estas dificultades en relación a las distintas fuerzas, competencias y recursos, con los cuales dificultades similares fueron resueltas en el pasado (Ramsay, 1998).

La definición del problema a través del uso flexible de preguntas es parte del proceso de deconstrucción (White y Epston, 1990). La deconstrucción involucra elucidar los significados particulares de los procesos de creación de significados, producidos en la situación de padecimiento. Este proceso promueve a la externalización y a la re-historización del problema. La escucha deconstructiva, y las preguntas, son usadas para identificar y elaborar excepciones al problema. El fin de este proceso deconstructivo es la desconfirmación

de la queja presentada como una característica de la persona y establecer su entidad externa, en la cual el individuo posee, o puede, desarrollar las habilidades necesarias para superar al problema. Tanto la externalización, como otras técnicas narrativas, implican en su totalidad, no solo actividad sino elección por parte del cliente (Richert, 1999).

Teoría psicotecnológica: el proceso psicoterapéutico

La terapia narrativa

Según Gonçalves (1995), la psicoterapia narrativa, o cognitiva-narrativa como él la llama, se basa principalmente en tres hipótesis: a) que el conocimiento (epistemología) y la existencia (ontología) son inseparables (cf. Echeverría, 1997) y se estructuran de forma narrativa; b) el cliente debe ser abordado desde la identificación, comprensión y el análisis de sus narrativas prototípicas (o prototipo) y, c) la psicoterapia sirve a los clientes como escenario para la identificación y deconstrucción de esas narrativas prototipo y para la construcción y proyección de narrativas alternativas, adquiriendo así una actitud narrativa. Para Vogel (1995) la terapia narrativa invita al cliente a aprender algo acerca de los procesos mediante los cuales sus perspectivas y observaciones cambian.

Siguiendo con esta línea de pensamiento, se podría decir que el objetivo de la terapia es que el cliente oriente su discurso hacia la *narratividad* (Villegas Besora, 1995), sin combatir sus ideas disfuncionales, sino comprendiendo el sentido de sus acciones, que son fundamentalmente discursivas. En este punto difieren de la terapia cognitiva más racionalista que, mediante la confrontación de percepciones erróneas, tienden a perpetuar las mismas por el hecho de que cumplen una función en el sistema epistemológico del cliente y, por lo tanto, despiertan lo que en otras teorías se llama *resistencia*. En vez de mirar la mayor adecuación a la realidad, la terapia narrativa enfoca en la fluidez personal, y social, de construcción de significados y facilitación del cambio (Ramsay, 1998). De este modo, en relación al contexto social, Richert (1999) sostiene que los terapeutas son altamente conscientes de éste y de cómo, es en ese contexto que los problemas emergen y son mantenidos.

La terapia cognitivo-narrativa, tal y como hemos venido formulándola en los últimos años, tiene como objetivo llevar al cliente a construir, en el curso de su interacción con el terapeuta y con su comunidad conversacional, una realidad múltiple de experiencias sensoriales, emocionales, cognitivas y de significación. De este modo, se intenta que el cliente construya un discurso narrativo rico en términos de multiplicidad, complejidad y coherencia, adaptado a las exigencias impuestas por una sociedad que es esencialmente multivocal, multicultural y multirracional (Rigazzio-DiGileo, Gonçalves e Ivey, en prensa) (Gonçalves, 1998, pág. 340).

La finalidad de la terapia narrativa es, para Ramsay (1998), establecer un resultado deseado y arreglar los eventos de manera que se pueda construir un resultado coherente y razonable. Él llama a esta oportunidad *reparación narrativa*, que también consiste en reinterpretar y revisar los acontecimientos que llevan a un resultado particular. Usando una terminología piagetiana, sostiene que la terapia puede facilitar y acelerar la asimilación de nuevas experiencias y la acomodación de la identidad del cliente. En otras palabras, y usando la misma terminología, se podría decir que la terapia promueve la adaptación del cliente. Villegas Besora (1995) sintetiza esta idea, diciendo que *la finalidad de las intervenciones terapéuticas no es la de descubrir la verdad narrativa, entendida como la correspondencia entre los hechos del pasado y su formulación proposicional en forma de interpretaciones, como pretendía Freud con el llamado psicoanálisis arqueológico, sino más bien, como dice Loch (1977), la de "construir la verdad al servicio de la coherencia presente, pasada y futura de sí mismo, en base a un acuerdo recíproco entre paciente y analista"* (pág. 16).

De esta forma, Botella y Pacheco (1999) proponen siete fases del proceso psicoterapéutico, que no tiene que darse, necesariamente, en un orden secuencial: a) Co-construcción de la alianza terapéutica; b) Elicitación de las narrativas dominantes; c) Deconstrucción de las narrativas dominantes; d) Fomento de la emergencia de narrativas sub-dominantes; e) Validación de las narrativas alternativas; f) Práctica de las narrativas alternativas y, g) Fomento de la reflexividad.

La primera intervención del terapeuta narrativo involucra valorar el marco narrativo del paciente, empatizar con su punto de vista, y aceptarlo hasta el momento en que su punto de vista crea dificultades para el cliente (de Shazer, 1988; Omer, 1994). En el punto en que las narrativas predominantes del cliente difieren con las metas establecidas por él mismo para producir cambios, el terapeuta puede usar la *disonancia* para deconstruir el marco global y para encontrar excepciones a las reglas del cliente (de Shazer, 1988). Alcanzando este nivel de entendimiento entre el terapeuta y el cliente, se crea una oportunidad para clarificar las metas del tratamiento, discutir estrategias potencialmente útiles y para encuadrar la alianza terapéutica como una fuerza colaborativa trabajando en contra del problema (Ramsay, 1998).

La presentación del problema crea un marco que oscurece las competencias potenciales, los recursos y las soluciones disponibles al sujeto (O'Hanlon, 1993). La tarea del terapeuta narrativo es la elicitación de estas fuerzas y la externalización del problema de su auto-concepto (White y Epston, 1990). En este sentido, la terapia narrativa sostiene como idea central que el problema es el problema, no la persona; y en base a esto considera la externalización un sub-meta central en el tratamiento (Richert, 1999). En última instancia, el fin de la comunicación y la definición del problema es facilitar cambios, reducir los síntomas y promover el desarrollo personal.

Con este fin, se invita a los clientes a asumir el papel de autores de sus propias historias y los terapeutas toman la posición de co-autores o *escribas* (Villegas Besora, 1995). Para esto, el terapeuta tiene que adoptar un lugar de ignorancia o desconocimiento, en un contexto de comprensión y aceptación. Mahoney (1991) describe el propósito de la terapia como una realización de una experiencia novedosa a través de una relación de cuidado (*caring*). El contexto terapéutico es un punto en el que muchos autores narrativos focalizan su atención por considerarlo esencial para que se dé el proceso de deconstrucción-reconstrucción: *Se puede observar que en este proceso el terapeuta no se pronuncia sobre la pertinencia del planteamiento y las vivencias del paciente, ni sobre su adecuación o funcionalidad, ni emite ninguna valoración. Acepta el marco de referencia del cliente y lo insta a experimentar, dentro de este marco, la validez de sus pensamientos. Este proceso, tal como sugiere el ciclo de experiencia, lleva a la revisión del propio sistema de construcción. En definitiva, esta actitud responde a lo que Kelly denominó el "enfoque crédulo" según el cual se considera que el marco referencial del cliente "posee una verdad intrínseca que el clínico no debe ignorar" (Kelly, 1955, pág. 322). Como comenta Neimeyer (1987), este enfoque transmite al cliente un sentimiento de aceptación, definida por Kelly como la "disponibilidad a utilizar el enfoque del cliente, su sistema de coordenadas, sus puntos de referencia, su forma de enfocar los problemas (pág. 587). Actuar así proporciona un sentimiento de validación en el cliente que le permite establecer una vinculación segura con el terapeuta... se trata fundamentalmente de acompañar al cliente en su proceso de exploración, y esto puede hacerse de muchas maneras distintas (Feixas y Neimeyer, 1998, págs. 332-333). De este modo, la terapia permite recorrer la crisis en un contexto de comprensión y aceptación, convirtiéndola en una oportunidad evolutiva para confrontarla y superarla mediante la integración de antiguas y nuevas narrativas (Villegas Besora, 1995).*

Existen otros autores, como Richert (1999), que sugieren que la relación terapéutica no debe ser vista como un factor central en la generación del cambio. Piensan que ese proceso está enraizado en la re-historización del cliente, y que la relación terapéutica debe ser entendida como un apoyo en ese proceso (White y Epston, 1990). El proceso de co-construcción es enfatizado, pero los efectos de una vivencia de conexión (*lived connectedness*) con otro ser humano no lo son.

Vogel (1995) considera que la terapia narrativa de Efran (1994) ofrece una base firme para el constructivismo. Esta terapia tiene como objetivo el desarrollo de meta-abstracciones útiles, es decir, *narrativas y abstracciones sobre la narrativa y la abstracción. Las meta-abstracciones proporcionan maneras de pensar y hablar sobre la naturaleza y las consecuencias (de las) narrativas y (de las) abstracciones, y permiten realinear algunas de nuestras comprensiones y redirigir nuestras experiencias y acciones... Su intento de desarrollar comprensiones metanarrativas (en vez de reemplazar viejas historias por nuevas) y consecuentemente incrementar la propia libertad, ofrece pautas éticas y terapéuticas para la psicología y psicoterapia narrativa (Vogel, 1995, págs. 24, 33).*

En resumen, la meta terapéutica principal es hacer que el cliente desarrolle una actitud narrativa, una actitud distinta frente al uso del lenguaje, reconociendo las diferencias fundamentales entre el lenguaje y los hechos (Caro, 1998). A medida que el cliente comienza a reconstruir el sentido y el significado de sus problemas, éstos pueden ser más manejables y, así se permite la curación y el aumento de la capacidad de afrontamiento (*coping*).

El cliente

Según White (1993), los clientes entran en el proceso psicoterapéutico porque sus historias "se quebraron" y sus vidas parecen tener poco o ningún sentido, o perciben que su sentido ha sido bloqueado o amenazado. Estas historias quebradas están enraizadas en discursos culturales dominantes que promueven la subyugación del self a través del disciplinamiento del cuerpo, el alma, los pensamientos y las conductas, acorde a maneras de ser específicas. Es decir, los problemas psicológicos surgen cuando el individuo deja de elegir activamente (Richert, 1999).

Los síntomas son definidos por Kelly (1969) como *preguntas urgentes, expresadas de manera comportamental, y que han perdido el hilo que las guiaba a las respuestas, o a preguntas mejores* (pág. 69). Si aceptamos esta definición, las historias del cliente pueden ser vistas más como una manera de expresar esas preguntas, que como una actuación muda, y como una forma de explorar una serie de respuestas personales.

El padecimiento suele estar vinculado a un “error epistemológico” en que, para utilizar los términos de Watzlawick (1974), los clientes presentan quejas de segundo orden refiriéndose a síntomas de primer orden. Es frecuente, no solamente la presencia o ausencia de un síntoma particular, lo que hace sufrir al cliente, sino que también actúa el significado adscrito a los síntomas y el impacto de este significado en la vida del cliente (Ramsay, 1998). Otro “error epistemológico” suele ser que el cliente considera la realidad interna y externa como absolutas e insustituibles, en vez de verlas como *un proceso de negociación interpersonal de múltiples posibilidades, disponibles por la variedad de una matriz social* (Gonçalves, 1998, pág. 340). Esta rigidez constructiva lleva al cliente a experimentar sentimientos de desánimo y singularidad; desánimo por la “inflexibilidad” de la realidad, y singularidad por sentirse diferente a los demás en esa construcción de la experiencia.

Cuando el cliente entra en el proceso psicoterapéutico, la presentación del problema crea un marco que oscurece las competencias potenciales, recursos y soluciones disponibles al sujeto (O’Hanlon, 1993). Para Neimeyer (1994), cuando el cliente hace un relato refiriéndose a su padecimiento, angustia y frustración, éste frecuentemente se encuentra relacionado a las voces dentro suyo que luchan entre sí y lo llevan a actuar de manera poco adaptativa. Este conflicto, a diferencia del peligro, que genera miedo, es una de las causas del estado de ansiedad que suelen presentar los clientes.

Con respecto a la presentación narrativa de los problemas, Villegas Besora (1995) sostiene que *probablemente los pacientes prefieren la narración episódica de los acontecimientos porque se hallan presentes todavía de ese modo en su memoria, pertenecen a su experiencia emocional y, con frecuencia, no han llegado todavía a explicar su significado más estructural. De hecho, como dice Crites (1975), sólo las narraciones pueden contener la totalidad de la experiencia temporal en una unidad formal* (pág. 10). En esta misma línea, Muchnik (1998), considera que las narrativas son un proceso psicológico universal y que las mismas están provocadas *por el progresivo retorno a la conciencia de las experiencias pasadas y particularmente, el resurgimiento de conflictos no resueltos* (pág. 329).

Las narrativas del cliente, no sólo tienen lugar en un contexto terapéutico, sino que se organizan en función de éste. Este tipo de discurso se organiza en base a las demandas de la situación, que son, mayormente, la preconcepciones teóricas del terapeuta acerca del malestar psicológico. Estas hipótesis funcionan como *“características de la demanda”, en el sentido que estructuran el modo particular de intervención del terapeuta y, en consecuencia, la forma de participación del cliente en la terapia, incluyendo su respuesta* (Gerhardt y Stinson, 1995, pág. 40). En el acto de narrar sus historias personales, el cliente se ve forzado a dividir su self en un sujeto “narrador-evaluador” y en un objeto “personaje-experimentador”. *Se induce al yo del cliente que observa, a separarse del yo que experimenta, o es observado, para crear una identificación con el terapeuta* (Gerhardt y Stinson, 1995, pág. 46).

El concepto de defensa psicológica se encuentra prácticamente ausente en el pensamiento de los terapeutas narrativos, aunque parece haber un movimiento hacia la inclusión de este concepto, en términos de considerar el rol de los procesos tácitos, y la tendencia de procesos ordenadores nucleares a proteger el sentido de coherencia del individuo (Mahoney, 1991). En este sentido, el cliente “elige” protegerse de los cambios amenazantes, prefiriendo el malestar a la desestructuración debido a que existen procesos confirmatorios que operan en la reconstrucción de las narrativas personales para mantener la auto-consistencia. Esto es, se incrementa la disponibilidad para los eventos que proveen un soporte coherente para la autopercepción y, la información contradictoria, en cambio, es editada y sacada de la narrativa (Ramsay, 1998). De este modo, Richert (1999) detalla dos estrategias defensivas primarias: la engolfamiento (engulfment) y la superindividuación, como dos formas de evitar la amenaza de enfrentar los cambios y elegir activamente.

Las técnicas narrativas

En los siguientes párrafos describiremos algunas de las técnicas utilizadas por los terapeutas narrativos. Es necesario mencionar que algunos autores mencionan que es útil, antes de aplicar estas técnicas, obtener una síntesis discursiva lo más completa posible (Villegas Besora, 1995). Con este objetivo, se utilizan diversas herramientas de análisis textual. *De acuerdo con las técnicas de análisis textual, el discurso terapéutico se halla compuesto por una serie de temas fuertemente articulados entre sí mediante nudos lógico-semánticos que constituyen su macro-estructura. El reconocimiento de estos nudos estructurales, que conectan entre sí los diversos acontecimientos episódicos narrados por el paciente, constituye el inicio de la deconstrucción* (Villegas, Besora, 1995, pág. 13). La técnicas más mencionadas, con este fin, es el *Pentad* de Burke (1969) y las siete categorías de Mandler (1984). Neimeyer (1994), en cambio utiliza el *repertory grid* (*repgrid*), que es un dispositivo de valoración cuantitativa diseñada para elucidar las estructuras de construcción del cliente. La táctica de la *variación imaginaria* y el análisis mediante la *reducción eidética* de Husserl (1913/1982) es utilizada por Davidson (1995) para identificar la macroestructura de los relatos de los clientes y para poder sintetizar el *significado-estructura de la experiencia compartible, que es relevante a través de los individuos* (pág. 91).

Los terapeutas narrativos usan preguntas para crear una imagen historizada del self en el futuro con el fin de desarrollar nuevas narrativas. Los terapeutas hacen preguntas que permiten al individuo *historizar resultados únicos* (White, 1993), y a extender las narrativas y las soluciones adaptativas a situaciones futuras. White (1995) habla de crear una *audiencia*, como una forma en la que las nuevas narrativas pasan a ser publicadas a otros significativos. Se hacen preguntas que promueven la integración de las habilidades actuales con las situaciones futuras, en las que se publica el resultado único a otros. Ramsay (1998) propone un ejemplo de este tipo de preguntas: *¿Qué esperas que tus hijos aprendan de cómo manejaste esta situación?* (pág. 49).

La original técnica de *auto-caracterización* de Kelly (1955) y el desarrollo de sketches fijo son, en esencia, técnicas narrativas (Neimeyer, 1998). Estas técnicas mitigan el peligro del cambio personal. A su vez, los diarios personales pueden ser una herramienta poderosa y flexible para promover el diálogo interno y el desarrollo del self (Mahoney, 1991). La contextualización de las luchas y desafíos personales dentro de la estructuras míticas de la propia experiencia (Feinstein y Krippner, 1988), o de los mitos de las grandes culturas (Jung, 1964), ofrecen la posibilidad de encuadrar y re-encuadrar las elusivas realidades subjetivas. El cultivamiento de la sensibilidad poética, necesaria para *hablar dentro del ser* de nuevos mundos de posibilidad, puede ser la piedra angular de una psicología fundamentalmente *conversacional* (Neimeyer, 1994). La metáfora de Mair (1977) de la *comunidad de yoes* es particularmente útil y, a medida que éstos se identifican, se empieza a escribir el elenco de personajes que constituyen su sistema del self.

Gonçalves (1994) arguye que los terapeutas, en base a las narrativas prototipo del cliente, ayudan a: a) desarrollar habilidades narrativas; b) construir el significado de sus narrativas; c) deconstruir el significado y desarrollar significados alternativos y, d) probar la viabilidad de esos significados mediante la proyección de narrativas alternativas. Para lograr esto, el mismo autor desarrolló una técnica que consiste en el recuerdo de narrativas, su objetivación, su subjetivación y, por último, su proyección. Para realizar la subjetivación y objetivación en terapia familiar, Onnis (1990) diseñó la técnica de las esculturas. Guidano (1987, 1991, 1993) orienta a los clientes a prestar atención a sus reglas sintácticas de construcción mediante la auto-observación. Utiliza, con este fin, términos cinematográficos: el *zoom* y la *moviola*, que se refieren al acercamiento y alejamiento de los eventos, y a la edición de las narraciones, respectivamente. El mismo autor considera que mediante la reiterada recorrida a través de la historia del cliente, éste accede a nuevos niveles de conciencia y puede realizar nuevas re-organizaciones de los hechos de su pasado.

Neimeyer (1994) piensa que *Declaraciones de la Independencia* de problemas centrales, y otras formas de documentación, ayudan a los clientes, primero a externalizar, y luego a conquistar las dificultades que los llevaron a la terapia. También se pueden sumar a estas técnicas las documentación de resultados únicos y las historias adaptativas en forma de certificados, cartas y revistas (White y Epston, 1990).

Lo que los constructivistas, como Howard, Mair y Sarbin, han hecho es tomar lo que normalmente se considera un categoría subordinada del pensamiento humano, es decir, la narrativa o el hecho de contar una historia, y aplicarla como una categoría supraordenada... este tipo de intervención se denominó "perspectiva incongruente" como un método de determinación de situaciones mediante la "rotura del átomo"... Los terapeutas mediante la alteración de la perspectiva y los términos pueden hacer comprender la materia putativa, pueden alterar su construcción y, permitir, tanto a ellos, como a sus colegas, o a sus clientes, ver cosas que no habían visto antes... La perspectiva incongruente puede ayudar a los terapeutas a romper alguna de las fijaciones funcionales lingüísticas vinculados con sus usos rutinarios de la terminología (Vogel, 1995, págs. 28-30).

Las historias generadas por el terapeuta son igualmente relevantes en el proceso terapéutico. Seguramente se encuentra más desarrolladas en la tradición Eriksoniana, donde usan narrativas metafóricamente relevantes, en parte, para rodear o evitar los contra-argumentos racionales que montan los clientes contra el cambio (Zeig, 1985). White y Epston (1990) han desarrollado *medios narrativos con fines terapéuticos* haciendo un hábil uso de comentarios y cartas de los terapeutas a los clientes. Si las notas son ofrecidas respetuosamente, Neimeyer (1994) considera que pueden entrelazarse con las narrativas del cliente, ayudando a validar y consolidar los cambios logrados por éste.

Los terapeutas narrativos tienden a ser altamente reflexivos respecto a su práctica, visualizando sus historias acerca del tratamiento, de la misma manera en que ven las narrativas de sus clientes. Frecuentemente, eligen compartir sus revisiones con los clientes, ya sea mediante sus intervenciones indirectas o, mediante extensas revisiones escritas que mandan a sus clientes entre sesiones (Richert, 1999).

En resumen, las técnicas narrativas apuntan a flexibilizar los procesos de construcción de significados, con el fin de que el cliente pueda adaptarse a una realidad altamente compleja en la que se necesita un cierto grado de fluidez mental. Este proceso de deconstrucción se realiza en un contexto de aceptación, en el cual el terapeuta no asume la posición de experto, sino que escucha con una actitud de desconocimiento, ingenuidad y curiosidad.

Investigación

Críticas a la investigación científica en psicoterapia

La "investigación del proceso psicoterapéutico" empezó como una búsqueda moderna de sofisticados mecanismos de medición que debían registrar las "variables del proceso" responsables de los "cambios" en los clientes y, por lo tanto, producir una mejora del proyecto terapéutico (Stancombe y White, 1999, pág. 62). No obstante, Kaye (1995) sostiene que los resultados de la investigación científica no se corresponden con los hechos de la clínica. Porque, piensa que la investigación no sólo está sesgada por las preconcepciones teóricas de los investigadores, sino que éstas configuran el fenómeno que explican. Así, arguye que la investigación no ha podido aún *ni establecer las variables que provocan el cambio psicoterapéutico, ni proporcionan una base científica para la psicoterapia* (pág. 38). De esta forma, concluye diciendo que *los análisis científicos empíricos son perjudiciales para la naturaleza lingüística, interactiva y contextual del intercambio psicoterapéutico* (pág. 38). De la misma manera, Elliot y Anderson (1994), destacando los términos de *complejidad, contexto e impredecibilidad*, manifiestan, así, la idea de la superioridad de la situación clínica por sobre los resultados de las investigaciones; pero, simultáneamente, no aceptan esta idea por ser *demasiado caótica*.

A estas ideas, se les puede agregar la opinión de Orlinsky y Russell (1994) en la que sostienen que *la investigación científica que se ocupa del estudio de las relaciones entre los procesos y los resultados, parece estar pasando... una crisis* (pág. 203). Russell (1994), por su lado, también considera que los investigadores influyen decisivamente en los supuestos conceptuales y metodológicos en los que se sustenta su trabajo. El mismo autor concluye de forma categórica, que *los estudios realizados según un patrón meta-científico empírico son conceptualmente y metodológicamente deficientes* (citado por Stancombe y White, 1999, pág. 65).

Si bien estas críticas deberían ser tomadas en cuenta, Shapiro *et al* (1994) sostienen que *estas conclusiones nos dan también mucho para pensar, tanto si se interpretan como una muestra de las limitaciones de los modelos y métodos de investigación, como de las limitaciones de las propias técnicas terapéuticas* (pág. 30).

Estas dificultades, que se presentan en la investigación científica (y tal vez en la práctica clínica), han provocado un giro en el interés de los investigadores a métodos cualitativos, estudiando los *microprocesos* del proceso terapéutico, optando por los métodos interpretativos por sobre los analíticos empíricos (Stancombe y White, 1999, pág. 66).

La investigación en psicología narrativa

La actividad narrativa ha podido desempeñar dos grandes roles en la teoría de la investigación psicológica. En su primer rol ha servido como estilo de presentación de los descubrimientos de casos... Aquí la narración se utiliza simplemente para comunicar de otra forma lo que sería una explicación basada en principios no-narrativos (por ejemplo: causales). En su segundo rol, la narración ha representado una estructura integral de la experiencia humana (Davidson, 1995, pág. 83).

La investigación en psicología narrativa se ha expandido de la comprensión y exploración de la construcción de significados, hasta una enfatización de factores emocionales, de desarrollo, relacionales y de identidad (Ramsay, 1998). El objetivo de la investigación narrativa es la de proveer un mayor entendimiento de los procesos involucrados en la construcción de significados y los mecanismo de cambio personal desde una perspectiva ecológica del sujeto.

La investigación narrativa se centra principalmente en el uso de las micronarrativas para examinar la experiencia personal (Baumeister *et al*, 1990). Así, el estudio de (Luborsky, Propp, Luborsky y Mark, 1994), que es el primero que se centra en la narrativa como unidad de investigación, los han llevado a la creación del CCRT (*Core Conflictual Relationship Theme*). El uso del CCRT permite descomponer las narrativas de los clientes en tres áreas principales: a) sus deseos más frecuentes; b) las respuestas de los otros y, c) las respuestas de uno mismo frente a las reacciones de los otros (Luborsky, Propp, Luborsky y Mark, 1994).

Diversos programas de investigación ilustran la importancia de la narrativa en situaciones clínicas o de análogos, a saber: la investigación sobre el papel del proceso narrativo en psicoterapia, dirigida por Lynne Angus (cf. Angus y Hardtke, 1994); la investigación sobre la experiencia subjetiva del cliente durante el proceso narrativo, de David Rennie (cf. Rennie, 1993); la investigación sobre el significado de narrativas en psicoterapia, coordinada por Lester Luborsky (cf. Luborsky, Propp, Luborsky y Mark, 1992); y el estudio en profundidad sobre la naturaleza y los efectos de las narrativas personales en nuestro bienestar, de James Pennebaker y colaboradores (cf. Pennebaker, 1993) (Gonçalves, Alves, Soares y Duarte, 1996, pág. 107).

Algunos estudios realizados en el proyecto de investigación sobre narrativas prototipo y psicopatología, dirigido por Gonçalves, han aportado evidencia que respalda la idea de que existen ciertos invariantes proto-

típicos en distintas psicopatologías; demostrando, además que es posible su identificación. Estos estudios fueron realizados sobre distintas muestras de pacientes: drogodependientes (Alves, 1993); alcohólicos (Duarte, 1993); anoréxicos (Soares, 1993); agorafóbicos (Henriques, 1995); depresivos (Maia, en preparación), y obsesivos-compulsivos (Pocinho, en preparación). *De hecho, en todo este tipo de psicopatologías fue posible, a través de procesos de análisis de justificación, construir prototipos narrativos mediante la identificación de las comunalidades de narrativas de diferentes pacientes y de validar convergentemente estas narrativas prototipo de sujetos con el mismo tipo de patologías* (Gonçalves, 1998, pág. 344). Estos estudios sugieren que existe una correlación entre el trastorno psicológico y ciertas formas típicas de elaboración discursiva.

Actualmente, se sostiene que el desarrollo psicológico guarda una estrecha relación con una capacidad narrativa cada vez más compleja. Por ejemplo, se ha mostrado que la eficiencia cognitiva, como la capacidad mnémica, depende de la estructura de la gramática narrativa (Stein y Nezworsky, 1978). Ramsay (1995), ha realizado estudios mostrando la relación entre las narrativas autobiográficas y la integración de la auto-percepción pasada y presente. Los estudios de Pennebaker (1993), y Angus y Hardtke (1994) *comprobaron que aquellos sujetos más mejorados reflejaban un aumento de la coherencia narrativa a los largo de los distintos días de escritura, un aumento progresivo de palabras emocionales, causales y de insight o reflexivas* (Gonçalves, 1998, pág. 345).

Varios estudios han demostrado que, cuando los individuos escriben o cuentan sus narrativas, ocurren importantes transformaciones biológicas, ya sea a nivel del sistema nervioso vegetativo, ya sea a nivel del sistema nervioso central (véase Pennebaker, 1995). Por ejemplo, en el curso de una producción narrativa, se asiste a un aumento de la actividad alfa frontal (Schwartz y Kline, 1995), y a importantes alteraciones del sistema inmunológico (Petrie, Both y Davidson, 1995). Tal vez, el programa de investigación de James Pennebaker (véase Pennebaker, 1990, 1993, 1995) sea el más ilustrativo de los efectos terapéuticos que, escribir y hablar de las narrativas personales significativas, tienen (sobre) una serie de medidas de salud física y psicológica... tales como: disminución de la tasa de visitas a centros de salud en un período de seis meses, mejoría del sistema inmunológico, reducción del absentismo, y mejoría de la función enzimática a los dos meses, (y finalmente) mejoría de la salud física y escolar (Gonçalves, 1998, pág. 345).

El futuro de la investigación en psicología narrativa

Gonçalves (1998), después de hacer un estudio acerca de la investigación en psicología narrativa, sugiere que la investigación de este tipo pretende responder, fundamentalmente, a cuatro interrogantes: a) ¿la experiencia se organiza de un modo narrativo a lo largo de nuestro desarrollo?; b) ¿existen ciertos modos prototípicos patológicos de organizar la experiencia?; c) ¿que efectos terapéuticos tiene la elaboración narrativa? y, d) ¿cuáles elementos, o mecanismos narrativos son activos para la eficacia terapéutica? Consecuentemente, algunas investigaciones en curso pretenden responder a estas preguntas. Por ejemplo, algunos estudios en curso (Gonçalves, 1998) intentan identificar *el contenido y otros aspectos estructurales y procesuales relacionados con las narrativas psicopatológicas* (pág. 344). Otros, que se están realizando en la Universidad de Minho, estudian acerca de *la interconexión entre modos narrativos, acontecimientos emocionales y respuestas interpersonales en la psicoterapia cognitivo-narrativa* (Machado, Soares, Fernandes, Pereira y Pinho), y sobre *el impacto narrativos de los aspectos psicotraumáticos del infarto de miocardio, en la recuperación física y emocional de los pacientes* (Gonçalves, Machado, Fernandes, Pereira y Pinho) (pág. 346).

En la investigación de la estructura de las narrativas en psicoterapia, Luborsky, Propp, Luborsky y Mark (1994), se sugieren ciertas ideas para nuevos estudios en los que se investigue: a) el número de relatos que el paciente cuenta en una sesión; sugieren que si éste es menor a cuatro puede reflejar muy probablemente una resistencia que puede dificultar el desarrollo de un tratamiento exitoso; b) otros puntos a lo largo del curso de la psicoterapia; porque sostienen que muchas de las observaciones actuales sólo se basan en las narraciones que surgen en las primeras y últimas fases de la terapia; c) *los aspectos formales, tales como la organización de la narración y la cualidad de la experiencia del narrador en el relato* (Klein, Mathieu y Kiesler, 1969); *esto es, la experimentación del afecto y la conciencia de la vivencia y, d) la claridad e imaginación narrativa* (Bucci, en prensa). (Luborsky, Propp, Luborsky y Mark, 1994, pág. 138).

En la conclusión de su trabajo de investigación, Pennebaker (1993) sugiere otra línea a estudiar: *Los recientes modelos explicativos de la construcción social (i.e. Gergen y Gergen, 1988) y de la narrativa* (Meichenbaum y Fong, 1993) *están respaldados, con reservas, por nuestros resultados. Sin embargo, sostener una narrativa coherente para explicar una experiencia traumática o desconcertante, puede no ser siempre saludable al principio de las sesiones de terapia escrita. El movimiento hacia el desarrollo de una narrativa es mucho más predictivo de la salud que el tener una historia coherente per se. La construcción de una historia, más que el tener una historia construida, puede, pues, ser el deseado punto final del hecho de escribir y, por extensión, de la terapia* (pág. 546).

Más allá de los resultados obtenidos en la investigación en psicología narrativa, los estudios en curso y las posibles líneas que quedan por investigar, es necesario tener en cuenta que la viabilidad de estas metodologías debería probarse *en el reino del escenario terapéutico requiriendo el uso creativo de las nuevas metodologías hermenéuticas que es están desarrollando recientemente* (Angus y Hardkte, 1992; Angus y Rennie, 1989).. *Todavía falta un buen trecho para llegar a una comprensión aceptable de los ingredientes efectivos de nuestras prácticas clínicas* (Gonçalves, 1995, pág. 120).

Integración

A continuación, se describirán algunas similitudes de la psicología narrativa con otras concepciones teóricas, de las cuales se podría desprender un intento integrador que contemple, tanto los postulados constructivistas de la psicología narrativa, como las de otras corrientes.

La integración metateórica, teórica y técnica

Siguiendo a Arkowitz (1991) en su escrito inaugural del Journal of Psychotherapy Integration, entendemos que el movimiento integrador aglutina, en la actualidad, esfuerzos en tres grandes áreas de trabajo: la integración técnica (que incluye lo que hemos descrito... como "eclecticismo técnico"), la integración teórica (que incluye al "eclecticismo sintético"), y el área de los factores comunes (Feixas y Miró, 1993, pág. 355).

Neimeyer (1993) propone que las terapias cognitiva y constructivista, pueden unirse en los niveles técnicos y clínicos, pero que difieren en los niveles formales y metateóricos, especialmente en sus definiciones ontológicas de la realidad. Igualmente, propone que existen alguna similitudes en el nivel teórico. Piensa que la simple dicotomización de estas teorías no tiene en cuenta la evolución del pensamiento dentro de la terapia cognitiva; porque, está habiendo un respeto creciente hacia los pensamientos y las creencias, como hacia los procesos de *feed-forward*, como también por las implicaciones de estos procesos para la narrativas personales integrativas. De la misma manera, los constructivistas no ignoran la interdependencia del individuo y el ambiente que lo rodea (tanto social como físico) en los procesos de construcción de significados (Ramsay, 1998).

También hay que tener en cuenta que la emergente metateoría constructivista (Mahoney, Miller y Arciero, 1995), que defiende la naturaleza pro-activa del conocimiento humano, los procesos organizacionales dinámicos, y la interdependencia del individuo con factores constrictivos del ambiente, podría ser un punto de encuentro entre las teorías constructivista y cognitiva. Este encuadre permite a los constructivistas considerar, de manera más abarcativa, los efectos de los complejos procesos pro-activos de construcción (Ramsay, 1998). Asimismo, el entendimiento de los estilos cognitivos, y sus correspondientes estrategias de cambio, comprendidas en la interacción recíproca del individuo y el ambiente, también es compatible con en el marco constructivista.

Al considerar el rol prominente del significado, tanto en la teoría narrativa como en la cognitiva, no es sorprendente que existan diversos puntos de convergencia en relación a los métodos para promocionar el cambio. Así Feixas y Villegas (1990) proponen los mecanismos de cambio como modelo integrador. No obstante, Ramsay (1998) sostiene que el área común de mayor importancia, entre ambos modelos, es la presencia de una alianza terapéutica colaborativa.

Una tarea concurrente en ambas teorías involucra entender, definir y reconocer el problema presentado. Esto es, tanto los terapeutas narrativos como los cognitivos, buscan definir las quejas específicas, desarrollar un entendimiento mutuo de cómo los clientes experimentan estas quejas y, empáticamente afirmar ese padecimiento.

Los terapeutas cognitivos utilizan preguntas Socráticas para discernir los significados idiosincrásicos y las creencias subyacentes que influyen los pensamientos, emociones y conductas del cliente, con el fin de probar su validez. Sostienen que el descubrimiento guiado permite al individuo reconocer las inconsistencias en sus construcciones de significados previamente incuestionadas, con la meta de crear nuevas estructuras de conocimiento de segundo orden (Dowd y Pace, 1989). Similarmente, la definición del problema a través del uso flexible de preguntas es parte del proceso de deconstrucción en la terapia narrativa (White y Epston, 1990). La deconstrucción involucra elucidar los significados particulares de los procesos de creación de significados producidos en la situación de padecimiento. Este proceso promueve la externalización y re-historización del problema. La escucha deconstruccionista y las preguntas son, también, usadas para identificar y elaborar excepciones al problema.

De esta forma, se puede decir que ambas terapias asumen que el reencuadramiento y la externalización del problema, en relación a una reconstrucción cognitiva/narrativa, permite llevar al acto nuevas conductas que son adaptativas y están orientadas a la solución del problema.

También se podría afirmar que estos dos modelos usan la persuasión verbal y la experiencia vicaria para crear un contexto que promueva cambios de segundo orden. La presentación del problema es discutida en detalle y, entendida en relación a los factores ambientales, y de desarrollo, que afectan la construcción de significados (Ramsay, 1998).

Richert (1999) sostiene que las ideas subyacentes de las perspectivas humanista y narrativa, reflejan una mirada común al ser humano, haciéndolas, de esta forma, candidatas para un intento de integración. Para hacer esta afirmación se fundamenta en la idea de Neimeyer (1993), que arguye que para que dos teorías tengan posibilidades de integrarse, no necesitan compartir todas las hipótesis en el nivel de la metateoría, aunque, según él, y tomando prestados los términos de Mahrer (1989), deben compartir una *teoría padre de la personalidad*.

De este modo, Richert (1999) sostiene que las teorías narrativa y humanista convergen en cuatro áreas principales: a) en la idea de existencia como un proceso continuo de desarrollo; b) en la naturaleza de la experiencia y el proceso de creación de significados; c) en la naturaleza de la disfunción psicológica y, d) en la naturaleza y la importancia de las relaciones humanas.

Se pueden ver ciertas similitudes entre las narrativas personales y algunas concepciones psicoanalíticas. Este punto fue destacado por Luborsky, Propp, Luborsky y Mark (1994) y por Villegas Besora (1995).

La medida del CCRT fue construida por Luborsky para captar el patrón de relaciones central del cliente. La misma intención era inherente a la formulación de *transferencia* de Freud, que incluía también un deseo de otra persona y una variedad de respuestas a tal deseo.

El CCRT parece ser un patrón general para lo que se expresa en estados mentales muy diferentes: aparece en narraciones contadas cuando estamos despiertos y en nuestros sueños (Luborsky, Propp, Luborsky y Mark, 1994). Esta generalidad de expresión es consistente con la hipótesis de Freud, según la cual los residuos del día, de los pensamientos en estado de vigilia, se evocan en los sueños; y, por eso, se encuentran paralelismos entre el contenido de los hechos de cada día y los sueños durante la noche. Estos paralelismos sólo significan que hay una réplica significativa en los aspectos del CCRT, no que los modelos sean exactamente el mismo (Luborsky, Propp, Luborsky y Mark, 1994). Estos resultados sostienen, hasta aquí, la postura de que no es sólo el sueño el que presenta un camino hacia la comprensión de la personalidad consciente e inconsciente, sino que las narraciones también ofrecen tal posibilidad.

Por otra parte, Villegas Besora (1995) cita a Spence (1982), diciendo que las narrativas son construcciones interpretativas y *no reconstrucciones históricas, como pretendía Freud, con su concepción arqueológica, definida com el acto de poner ante el paciente "un fragmento de su historia precedente que había sido olvidada"*. Termina esta idea haciendo una analogía entre la interpretación hermenéutica y la psicoanalítica, citando nuevamente a Spence: *La interpretación, dice Spence, "es siempre un acto creativo cuya verdad histórica no puede determinarse"* (p. 154) (Villegas Besora, 1995, pág. 8).

Por último, se debe reconocer que el interés por las narrativas no es propiedad exclusiva de la psicoterapia, sino que se extiende a muchos otros campos. *Mientras que el interés en la narración es nuevo en la investigación psicoterapéutica, fuera de nuestro campo, durante las dos últimas décadas, ha habido una tremenda aceleración del interés en la narrativa de una gran variedad de campos: crítica literaria (Derrida, 1977; Genette, 1988; Greimas, 1990; Martin, 1986), psicolingüística y análisis del discurso (Chapman, 1980; Labov, 1972), psicología cognitiva (Black y Bower, 1979; van Dijk, 1980; Mandler y Goodman, 1982; Stein, 1982), psicología del desarrollo cognitivo (Hartley, en prensa; Vitz, 1990), y psicoanálisis (Schafer, 1976; Spence, 1982)* (Luborsky, Propp, Luborsky y Mark, 1994, pág. 124).

La integración en investigación

Debido a las limitaciones, tanto de la investigación científica empírica como las de otros modelos más subjetivos, autores narrativos, como Davidson (1995), proponen dejar de lado la idea de rivalidad entre ambos modelos, pudiendo, así, aprovechar las ventajas de cada uno: *Una vez que la naturaleza de la perspectiva de la ciencia se ha reconocido, queda evidente que hasta la misma aproximación objetivo-descriptiva de la clínica psiquiátrica, se basa en el relato y la interpretación de historias (Howard, 1991; Scarr, 1985), y que estos relatos se juzgan, más en base a su capacidad persuasiva, que a su correspondencia con una realidad objetiva (Kuhn, 1970; Rorty, 1979)... El diagnosticar a un paciente no deja de ser también el relato de otra historia acerca de él/ella y su vida... Esto no debe sugerirnos que todos los relatos sean de igual utilidad, ni que las narraciones subjetivas de las vidas sean necesariamente comparables a lo que ahora llamaremos "relatos subjetivos" de la ciencia objetivo-descriptiva... Los relatos objetivos seguirán el criterio epistemológico empleado por la ciencia formal, tal como se determina estadísticamente la fiabilidad, la validez y la precisión predictiva. Los relatos subjetivos, por otro lado, requieren el establecimiento de otros criterios más acordes con las características personales de los mismos... Se han sugerido algunos criterios para valorar estas narraciones personales en base a la "resonancia empática" (Howard, 1991), o*

evocación, racionalidad y plausibilidad introspectiva (Robinson, 1985) (Davidson, 1995, págs. 89-90).

De esta forma, este autor sugiere la integración de ambas estrategias de investigación, pudiendo aportar una mayor comprensión de la enfermedad y del impacto de éstas en las vidas de los paciente, que con la aproximación de sólo una de ellas.

Por último, debemos destacar que los intentos de integración de la psicología narrativa, tanto en el nivel metateórico, teórico y técnico, como en el plano de la investigación, se encuadran dentro de un marco integracionista más amplio. Este movimiento, en el primer nivel, procura combinar concepciones de distintas teorías con el fin de poder obtener una postura nueva, enriquecida con los diferentes aportes de éstas.

Asimismo, en el plano de la investigación, los intentos integracionistas de los autores narrativos, se encuentran dentro de una inclinación, de los teóricos de la investigación, a combinar métodos cuantitativos con los cualitativos, para poder, así, obtener nuevos métodos que se ajusten de manera más precisa al fenómeno que pretenden estudiar.

Conclusión

En este trabajo, mediante una selección de textos considerados relevantes, se ha intentado sistematizar la información publicada sobre psicología narrativa, con el objetivo de mostrar como ésta se aproxima al funcionamiento mental humano. Para esto, se han analizado los datos en distintos niveles lógicos, abarcando desde el plano epistemológico hasta el técnico. Consecuentemente, se ha procurado explicitar las diferentes relaciones entre estos niveles. Por último, se han descrito los esfuerzos de los autores narrativos en el campo de la investigación y en un posible movimiento integrador.

Se ha podido observar como existen divergencias en los niveles epistemológico y de la teoría psicológica (disputas que son esperables en una corriente de pensamiento relativamente joven). No obstante, no parece haber grandes diferencias en el nivel psicotecnológico. De esta forma, se ponen en evidencia algunas fracturas lógicas entre los niveles de un mayor nivel de abstracción y los más cercanos a la práctica clínica. Sin embargo, existe una coherencia lógica entre las conceptualizaciones acerca de las funciones de las narrativas y la teoría del cambio que se deriva de éstas.

Los parámetros utilizados por la psicología narrativa para detectar la patología o la disfuncionalidad, no muestran grandes diferencias con las hipótesis que sostienen otras teorías psicológicas. Aunque, éstas últimas son fuertemente criticadas por los autores narrativos. Así, se puede apreciar como las ideas de repetición y rigidez cognitiva (o constructiva), denominada como prototipos narrativos, y la de fijación, que no es libidinal, sino lingüística, se encuentran presentes a lo largo de los textos narrativos.

Así también, las nociones acerca de una alianza terapéutica colaborativa, en un marco de comprensión y aceptación, podrían ser consideradas como *factores comunes* con otras líneas de pensamiento.

En lo que respecta a la investigación, y a la producción de conocimiento, se ha puesto en evidencia como los autores narrativos se oponen a los métodos nomotéticos de la investigación científica. Pero, en el hecho de afirmarse radicalmente en esta postura, pueden ser llevados a caer en un relativismo extremo, poniendo, así, en peligro la posibilidad de la transmisión de información entre profesionales.

Finalmente, también habría que considerar el riesgo de olvidarse de que la psicología narrativa ofrece una metáfora para explicar el funcionamiento psíquico y, de esta forma, reificar esta perspectiva, convirtiéndola en una realidad de primer orden. La construcción de una metáfora alternativa, como es la narrativa, puede ser confundida con las acciones de descubrir y denominar, hecho que no tendría coherencia lógica con los postulados epistemológicos sobre los cuales se edifica.

Estas posibles discusiones no deben, sin embargo, opacar las posibilidades teóricas y clínicas que ofrece la perspectiva narrativa, las cuales se encuentran en el hecho de acercarse al paciente, intentando comprender su propio marco epistemológico, poniendo en un primer plano el contenido psíquico por sobre su procesamiento. Esta actitud, que pretende (bien o mal) sólo ser una metáfora nueva y no una *verdad*, podría brindar la posibilidad de confeccionar tratamientos psicológicos que se adecuen a cada paciente en particular y, no a un marco teórico que adecua al paciente, normatizándolo de igual forma que lo hacía el famoso lecho de Procasto.

Igualmente, no se debería pasar por alto la categórica afirmación de Stancombe y White (1999), que sostiene que *lo que los terapeutas quieren cambiar, y adónde lo quieren cambiar, es por naturaleza, normativo*

Bibliografía

- Bakhtin, M. (1973). *Problems of Dostoyevsky's poetics*. Segunda edición, originalmente publicada en 1929. R. W. Rotsel, Trans. Ann Arbor, MI: Ardis.
- Baumeister, R. F., Stillwell, A., y Wotman, S. R. (1990). *Victim and perpetrator accounts of interpersonal conflict: Auto-biographical narratives about anger*. *Journal of Personality and Social Psychology*, nº 59 (5), págs. 995-1005.
- Baumeister, R. F., y Newman, L. S. (1994). *How stories make sense of personal experiences: Motives that shape autobiographical narratives*. *Personal and Social Psychology Bulletin*, nº 20 (6), págs. 676-690.
- Bernstein, R. J. (1983). *Beyond relativism and relativism*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- Botella, L., y Pacheco, M. (1999). *Un enfoque constructivista de la terapia familiar: Narrativas y relaciones*. Barcelona: Universitat Ramon Llull.
- Bruner, J. (1986). *Realidad mental y mundos posibles. Los actos de la imaginación que dan sentido a la experiencia*. Barcelona: Gedisa Editorial.
- Bruner, J. (1991). *Actos de significado*. Primer edición, 1990. Madrid: Alianza.
- Burke, K. (1945). *A grammar of motives*. New York: Prentice Hall.
- Caro, I. (1998), Ed. *Manual de psicoterapias cognitivas*. Barcelona: Paidós.
- Davidson, L. (1995). *Narrativas de la esquizofrenia. El uso de la estructura narrativa en la investigación fenomenológica*. *Revista de Psicoterapia*, vol 6, nº 22-23, págs. 83-100.
- De Rivera, J., y Sarbin, T. R. (1998). *Believed-in Imaginings*. Washington DC: American Psychological Association.
- De Shazer, S. (1988). *Clues: Investigating solutions in brief therapy*. New York: Norton.
- Dowd, E. T., y Pace, T. M. (1989). *The relativity of reality: Second order change in psychotherapy*. En A. E. Freeman, K. M. Simon, L. E. Beutler, y H. Arkowitz (Eds.), *Comprehensive handbook of cognitive therapy*, págs. 213-226. New York: Plenum.
- Duarte, D. A., y Español, S. A. (1998). *Mecanismos de cómputo y capacidad narrativa humana*. *Revista del instituto de la Facultad de Psicología (UBA)*, Año 3, nº 2, págs. 91-112.
- Efran, J. J. (1994). *Mystery, abstraction and narrative psychotherapy*. *Journal of Constructivist Psychology*, vol 7, págs. 219-227.
- Elliot, R., y Anderson, C. (1994). *Simplicity and complexity in psychotherapy research*. En R. L. Russell (Ed.), *Reassessing psychotherapy research*, págs. 65-113. New York: Guilford.
- Feixas, G., y Villegas M. (1990). *Constructivismo y psicoterapia*. Barcelona: PPU- Promociones y publicaciones universitarias.
- Fernstein, D., y Krippner, S. (1988). *Personal mythology*. Los Angeles: Tacher.
- Feyerabend, P. (1995). *Killing Time. The autobiography of Paul Feyerabend*. Chicago: University of Chicago Press.
- Fitzgerald, J. M. (1988). *Vivid memories and the reminiscence phenomenon: The role of a self narrative*. *Human Development*, nº 31, págs. 261-273.
- Foucault, M. (1996). *Hermenéutica del sujeto*. Bs. As.: editorial Altamira.
- Freud, S. (1991). *Sobre la dinámica de la transferencia*. En *Obras Completas*, tomo 12. págs. 93-106. Originalmente publicado en 1912. Bs. As: Amorrortu Editores.
- Frosh, S. (1995). *Postmodernism versus psychotherapy*. *Journal of Family Therapy*, nº 17, págs. 175-190.
- García, F. S. (1998). *¿Qué tipo de conocimiento es el de la psicología clínica?* Bs. As.: Editorial de Belgrano.
- Gergen, K. J., y Gergen, M. M. (1986). *Narrative form and the construction of psychological science*. En T.R. Sarbin (Ed.), *Narrative psychology*, págs. 22-44. New York: Praeger.
- Gerhardt, J., y Stinson, C. (1995). *La naturaleza auto-justificativa del discurso terapéutico*. *Revista de Psicoterapia*, vol 6, nº 22-23. págs. 39-51.
- Gonçalves, O. F. (1994). *Auto-relato e conhecimento: do self reificado ao self narrativo*. Tese de Doutorado em Psicologia Clínica. Universidade do Minho, Braga, Portugal.
- Gonçalves, O. F. (1994a). *From epistemological truth to existential meaning in cognitive-narrative psychotherapy*. *Journal of Cognitive Psychotherapy*, nº 7, págs. 107-118.
- Gonçalves, O. F. (1995). *Psicoterapia cognitivo-narrativa: La construcción hermenéutica de los significados alternativos*. *Revista de Psicoterapia*, vol 6, nº 22-23, págs. 101-122.
- Gonçalves, O. F. (1995a). *Cognición, constructivismo y narrativa: En busca de un sentido para las sílabas*. *Revista de Psicoterapia*, vol 6, nº 24, págs. 45-52.
- Gonçalves, O. F. (1995b). *Cognitive and constructive psychotherapies*. New York: Pergamon.

- Gonçalves, O. F. (1998). *El estado de la cuestión en la psicoterapia cognitivo-narrativa*. En I. Caro (Ed.), *Manual de psicoterapias cognitivas*, págs. 339-350. Barcelona: Paidós.
- Gonçalves, O. F., Alves, A. R., Soares, Y., y Duarte, Z. T. (1996). *Narrativas prototipo y psicopatología: Un estudio con pacientes alcohólicos, anoréxicas y opiáceo-dependientes*. *Revista de psicopatología y Psicología Clínica*, vol 1, nº 2, págs. 105-114.
- Guidano, V. F. (1987). *Complexity of the self: A developmental approach to psychopathology and therapy*. New York: Guilford.
- Guidano, V. F. (1991). *The self in process: Toward a post-rationalist cognitive therapy*. New York: Guilford.
- Guidano, V. F. (1998). *El estado de la cuestión en la terapia cognitiva cognitiva postacionalista*. En I. Caro (Ed.), *Manual de psicoterapias cognitivas*, págs. 371-379. Barcelona: Paidós.
- Habermas, J. (1988). *La lógica de las ciencias sociales*. Madrid: Tecnos.
- Harré, R., y van Langenhove, L. (1991). *Varieties of positioning*. *Journal for the theory of Social Behaviour*, nº 21, págs. 393-407.
- Hermans, H. J. M. (1996). *Opposites in a dialogical self: constructs and characters*. *Journal of Constructivist Psychology*, nº 9, págs. 1-26.
- Hopper, P., y Thompson, J. A. (1980). *Transitivity in grammar and discourse*. *Language*, nº 56, págs. 251-299.
- Howard, G. (1991). *Culture tales: A narrative approach to thinking cross-cultural psychology, and psychotherapy*. *American Psychologist*, nº 46, págs. 187-197.
- Hussel, E. (1960). *Cartesian Meditations*. The Hague: Nijhoff.
- Joyce-Moniz, L. (1989). *Structures, dialectics and regulation of the applied constructivism: From developmental psychopathology to individual drama therapy*. En O. F. Gonçalves (Ed.), *Advances in the cognitive therapies: The constructive-developmental approach*. Porto: Apport.
- Jung, C. G. (1964). *Man and his symbols*. Garden City, NY: Doubleday.
- Kaye, S. (1995). *Postfoundationalism and the language of psychotherapy research*. En J. Siegried (Ed.), *Therapeutic and everyday discourse as behavior change: Towards a micro-analysis in psychotherapy process research*. Norwood, NJ: Ablex.
- Kelly, G. A. (1955). *The psychology of personal constructs*. New York: Norton.
- Kelly, G. A. (1969). *Ontological acceleration*. En B. Mahrer (Ed.), *Clinical psychology and personality*, págs. 7-45. New York: Wiley.
- Kosslyn, J. M. (1980). *Image and the mind*. Cambridge, Mass: Harvard University Press.
- Kuhn, T (1970). *The structure of Scientific Revolutions*. 2nd. edition. Chicago: University of Chicago Press.
- Kvale, S. (1992). *Postmodern psychology: A contradiction in terms?* En S. Kvale (Ed.), *Psychology and postmodernism*, págs. 31-57. London: Sage.
- Labov, W. (1972). *The transformation of experience in narrative discourse*. En *Language in the inner city. Studies in the black English vernacular*, págs. 354-396.
- Lakoff, G. (1987). *Women, fire and dangerous things: What categories reveal about the mind*. Chicago: University of Chicago Press.
- Luborsky, L., Propp, C., Luborsky, E., y Mark, D. (1994). *The Core Conflictual Relationship Theme*. *Psychotherapy Research*, nº 4, págs. 172-183.
- Lyotard, F. (1984). *The postmodern condition: A report on knowledge*. Manchester: Manchester University Press.
- Mahoney, M. J. (1991). *Human change processes*. New York: Basic Books.
- Mahoney, M. J., Miller, H. M., y Arciero, G. (1995). *Constructive metatheory and the nature of mental representation*. En M. J. Mahoney (Ed.), *Cognitive and constructive psychotherapies: Theory, research and practice*, págs. 83-120. New York: Springer Publishing Co.
- Mahrer, A. R. (1989). *The integration of psychotherapies: A guide for practicing therapists*. New York: Human Sciences Press, Inc.
- Mair, J. M. M. (1977). *The community of self*. En D. Baumeister (Ed.), *New perspectives un personal construct theory*, págs. 125-149. San Diego, CA: Deadine Press.
- Mandler, S. (1984). *Scripts, stories and scenes: Aspects of schema theory*. Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Muchnik, E. (1998). *El curso de la vida y la historia de la vida*. En L. Salvarezza, *La vejez: Una mirada gerontológica actual*, págs. 311, 332. Bs. As.: Paidós.
- Neimeyer, G. (1995). *The challenge of change*. En R. A. Neimeyer y M. J. Mahoney, *Constructivism in psychotherapy*, págs. 111-126. Washington DC: American Psychological Association.
- Neimeyer, R. A. (1994). *The role of client-generated narratives in psychotherapy*. *Journal of Constructivist Psychology*, nº 7, págs. 229-242.
- Neimeyer, R. A. (1999). *Narrative strategies in grief therapy*. *Journal of Constructivist Psychology*, nº 12, págs. 65-85.

- Neimeyer, R. A., y Mahoney, M. J. (1998), Eds. *Constructivismo en psicoterapia*. Barcelona: Paidós.
- O'Hanlon, W. H. (1993). *Possibility therapy: From iatrogenic injury to iatrogenic healing*. En S. G. Gilligan y R. Price (Eds.), *Therapeutic conversations*, págs. 3-17. New York: Norton.
- Omer, H. (1994). *Critical interventions in psychotherapy*. New York: Norton.
- Onnis, L. (1990). *Le sculture del presente e del futuro: un modello di lavoro terapeutico nei disturbi psicosomatici*. *Ecología della mente*, nº 10.
- Pennebaker, S. W. (1993). *Putting stress into words. Health, linguistic, and therapeutic implications*. *Behavior Research & Therapy*, nº 31, págs. 539-548.
- Perner, J. (1991). *Comprender la mente representacional*. Bs. As.: Paidós.
- Phylyshyn, Z. (1981). *The imagery debate: Analogue media versus tacit knowledge*. *Psychological Review*, nº 88, págs. 16-45.
- Polanyi, L. (1989). *Telling the american story: A structural and cultural work*. New York: Basic Books.
- Post, J. F. (1996). *The foundationalism in irrealism, and the immorality*. *Journal of Philosophical Research*, vol 21.
- Ramsay, J. R. (1998). *Postmodern Cognitive Therapy: Cognitions, narratives, and personal meaning-making*. *Journal of Cognitive Psychotherapy: An international quarterly*, vol 12, nº 1, págs. 39-55.
- Ricoeur, P. (1984). *Time and narrative*. Chicago: University of Chicago Press.
- Richert, A. J. (1999). *Some thoughts on the integration of narrative and humanistic/existential approaches to psychotherapy*. *Journal of Psychotherapy Integration*, vol 9, nº 2, págs. 161-184.
- Rivière, A. (1991). *Objetos con mente*. Madrid: Alianza.
- Robinson, J. A., y Hawpe, L. (1986). *Narrative thinking as a heuristic process*. En T. R. Sarbin, *Narrative psychology*, págs. 111-125. New York: Praeger.
- Rorty, R. (1979). *Philosophy and the mirror of nature*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Russell, R. L. (Ed.) (1994). *Reassessing psychotherapy research*. New York: Guilford.
- Russell, R. L., y Lucariello, J. (1992). *Narrative, yes: Narrative ad infinitum, no!* *American Psychologist*, nº 47, págs. 671-673.
- Sarbin, S. F. (1986). *The narrative and the process of psychotherapy: Theoretical foundations and empirical support*. En H. Rosen y K. T. Kuehlwein (Eds.), *Constructing realities: Meaning-making perspective for psychotherapist*, págs. 307-375. San Francisco: Jossey-Bass.
- Scholes, R. (1989). *Protocols of reading*. New Haven, CT: Yale University Press.
- Shapiro, D. A., Harper, H., Startup, M., Reynolds, S., Bird, D., y Soukas, A. (1994). *The high water-mark of the drug metaphor. A meta-analytic critique of process-outcome research*. En R. L. Russell (Ed.), *Reassessing Psychotherapy research*, págs. 1-35. New York: Guilford.
- Stancombe, J., y White, S. (1999). *¿Una psicoterapia sin fundamentos? La hermenéutica, el discurso y el fin de la certidumbre*. *Revista de psicoterapia*, vol 10, nº 37, págs. 61-82.
- Stein, N. L., y Nezworski, M. T. (1978). *The effects of organization and instructional set on story memory*. *Discourse Processes*, nº 1, págs. 177-193.
- van den Broek, P., y Thurlow, R. (1991). *The role and structure of personal narratives*. *Journal of Cognitive psychotherapy*, nº 5, págs. 157-276.
- Vandenberg, B. (1991). *Is epistemology enough? An existential consideration of development*. *American Psychologist*, nº 46, págs. 1278-1286.
- Villegas Besora, M. (1995). *La construcción narrativa de la experiencia en psicoterapia*. *Revista de Psicoterapia*, vol 6, nº 22-23, págs. 5-17.
- Vogel, D. (1995). *Perspectivas narrativas en la teoría y en la práctica*. *Revista de Psicoterapia*, vol 6, nº 22-23, págs. 21-38.